23

Götterdämmerung (*)

Si los esclavos de Krupp se hallaban lejos de sus hogares, lo mismo les ocurría a los parientes de éste. Era una época de convulsiones sin precedentes; siquiera los alzamientos de 1618-1648 desarraigaron a tantos millones de alemanes como ahora, y el punto álgido se alcanzó en el último verano de la contienda, cuando la muerte acechaba al Führer en su propia Wolfschanze. Desde entonces la *Volk* estaría más hambrienta y aterrada, y también se dispersaría considerablemente. Así ocurrió con la dinastía Krupp. Durante la estación final que vivieron bajo la esvástica, la familia, antes tan unida, se hallaba dispersa por cinco países.

Sólo Alfried continuaba en Essen. Berthold había sido nombrado oficial de Estado Mayor en Rusia, Harald era ayudante de un coronel de artillería en Bucarest, y Eckbert seguía asentado en las trincheras del norte de Italia, en la Línea Gustav del Reich. Para entonces el propio Gustav se había retirado definitivamente a los Alpes austríacos, en compañía de Bertha, y los mensajes entre Blühnbach y Villa Hügel eran escasos. Con el retiro del anciano patriarca, se habían aflojado los vínculos familiares. Alfried se hallaba demasiado ocupado con los innumerables problemas de su empresa, para recordar las fechas de cumpleaños y otros aniversarios, y para escribir cartas de aliento. Desde que se había convertido en jefe de la dinastía, su silencio invitaba al silencio. Las comunicaciones escaseaban entre todos aquellos que, sólo cinco años antes, se habían levantado ante la gran mesa de banquete situada frente a los murales del tío Félix, para brindar con motivo de los diecisiete años que cumplía Eckbert (1).

Incluso dentro de las antiguas fronteras alemanas de la anteguerra, aquellos que estaban relacionados con Alfried por vínculos de sangre se encontraban separados por la contienda. Waldtraut estaba en Bremen con su marido, constructor de barcos; Irmgard guardaba luto por su difunto esposo, el cabo Von Frenz. Anneliese, la esposa divorciada de Alfried, criaba a su hijo de seis años, Arndt, junto a las tranquilas aguas del Tegernsee, en las afueras de Munich; Bárbara Krupp Wilmowsky

(*) Ocaso de los dioses (N. del T.)

habitaba en la majestuosa y aislada soledad del castillo Marienthal, a cerca de doscientas millas de distancia de Hügel, y a casi trescientas de su hermana Bertha. Por lo que el resto de la familia podían saber, ella y el barón estaban cosechando toneladas de trigo con la ayuda de *Fremdarbeiter* del Este. Ciertamente, nadie se preocupaba por ella. Durante medio siglo Bárbara había sido la más amable, menos egoísta y más pacífica de todos los Krupp. Por consiguiente, grande fue la sorpresa de Alfried al enterarse de que su anciana tía había sido detenida por la Gestapo por alta traición, después de lo cual la encerraron en una celda común de la prisión de Halle-an-der-Saale, en compañía de una docena de prostitutas jóvenes, y la pusieron a trabajar en la elaboración de salchichas, mientras llegaba el momento de celebrarse el juicio.

Bárbara y Tilo no quedaron menos sorprendidos que su sobrino. El encarcelamiento de ambos (el barón también fue detenido) era consecuencia directa del atentado del 20 de julio. Nunca habían sabido nada de lo que se tramaba contra la vida de Hitler, pero dio lo mismo; el fracaso del conde Klaus von Stauffenberg al querer exterminar con una bomba a la fiera en su cubil, desató una verdadera matanza de miembros del *Offizierskorps*, de la aristocracia y de los conservadores del antiguo régimen; contra todos los que, en resumen, habían considerado al «cabo austríaco» como un advenedizo, al comienzo de su régimen, y que ahora que andaban mal las cosas deseaban verle muerto. Fue suficiente para Himmler saber que Carl Goerdeler, Johannes Popitz y Ulrich von Hassel, los tres conspiradores principales, habían estado frecuentemente como invitados en Marenthal. Se deducía por ello la culpabilidad de sus anfitriones. Estos fueron encarcelados junto con otros siete mil alemanes, aproximadamente, cuya culpa «se basaba en nombres y lugares», de acuerdo con una fuente oficial. De ellos, 4.980 fueron fusilados, ahorcados o torturados hasta morir (2).

Resulta irónico que algunos jefes del fallido atentado sobrevivieron varias semanas y hasta meses, mientras otros inocentes eran exterminados. Ello se debió en parte a que Goerdeler eludió a sus perseguidores durante veintitrés días, y en parte a la esperanza de Himmler de poder usar los contactos de los conspiradores con Suiza para pactar con las potencias occidentales, así como también a la ineptitud del propio Himmler, en este caso (3). Aunque temida con justicia, la Gestapo carecía de un eficaz servicio de contraespionaje. Los archivos del cuartel general de Himmler en Prinz-Albrecht-Strasse —un edificio de ladrillo rojo con adornos de mármol—, contenían los nombres de más de dos millones de alemanes «sospechosos», pero pocos de esos datos fueron estudiados. Por el contrario, los conspiradores tenían a su servicio a los empleados del archivo del propio Reichsführer. Uno de ellos advirtió a Goerdeler de su inminente detención, tres días antes de que colocasen la bomba en la guarida. Inmediatamente Goerdeler corrió a ocultarse. Hitler ofreció un millón de marcos por su cabeza, y su rostro apareció en las primeras planas de todos los periódicos del Reich, a pesar de lo cual siguió en libertad hasta el 12 de agosto. Ese día una mujer le reconoció ante una posada de la población rural de Konradswalde, a setenta millas de Danzig. Al mediodía, Goerdeler se hallaba entre rejas.

Al día siguiente, Alfried se levantó de la mesa en que estaba desayunando para atender una llamada telefónica en la que le aconsejaban que diera un rodeo para trasladarse a su despacho. La casa de uno de sus vecinos de Bredeney había sido rodeada, y un archicriminal contra el Reich iba a ser detenido. Su nombre constituyó para Alfried no menos sorpresa que las detenciones de Marienthal, pues era Ewald Löser. Alfried ni siquiera sabía que su antiguo rival se hallaba de vuelta en el Ruhr.

Aunque Löser seguía siendo miembro del *Aufsichtsräte* de varias de las empresas de Krupp, se le creía en Holanda, dirigiendo la firma Philips como delegado del Führer. A diferencia de Goerdeler, no huyó debido a que los únicos testimonios escritos de su complicidad se hallaban en su casa de Essen y en los comunicados enviados a Allen Dulles. Al enterarse de que Stauffenberg había fracasado, el presunto Finanzdirector del fracasado Gobierno se dirigió a su hogar, donde él y su mujer quemaron todos los documentos comprometedores. Entonces Löser y el doctor Hans Beusch, el médico que era en público director del programa de beneficiencia de Alfried, y en privado era ayudante de Löser, estuvieron aguardando unos golpes imperiosos en la puerta de la casa (4).

Esto ocurrió a las nueve de la mañana, al día siguiente. Cinco policías vestidos de civil enseñaron brevemente sus documentos de identidad e irrumpieron en la mansión, arrojando los libros de sus estantes y desgarrando los grandes sillones que entonces, igual que ahora, preferían los directivos de Krupp. Si bien la ausencia de pruebas concretas salvaba la vida de Löser, nada podía evitar su encarcelamiento. El y el doctor Beusch, esposados, fueron conducidos a un «Mercedes» negro que se hallaba esperando, y pasó una semana antes de que la esposa de Löser supiera que su marido y el doctor se encontraban en un húmedo calabozo de Berlín, bajo el palaciego cuartel general de Himmler en Prinz-Albrecht-Strasse. Aun cuando ella les llevó grandes cestas de provisiones, la delicada constitución de Beusch no soportó el encarcelamiento a manos de la Gestapo, y ese invierno el doctor enfermó y dejó de existir. Löser también cayó enfermo, pero su considerable vitalidad le mantuvo con vida hasta que la primavera trajo la paz. No le habrían perdonado, de haber hallado sus acusadores la menor prueba de culpabilidad. El 2 de febrero, decidiendo Himmler que Goerdeler y Popitz no le valían de nada, les mandó colgar de ganchos de reses, en la prisión de Plötzensee (*). Löser, sin embargo, ni siquiera fue llevado a juicio. Cuando los rusos entraron en Berlín, aún seguía asegurando que ignoraba la conjura de sus amigos. Afirmó que sólo había tenido mala suerte. Era mentira, pero dio resultado (5).

En el caso de Bárbara, sí fue verdad que había tenido mala suerte, y los agentes de la Gestapo trataron de probar su culpabilidad, pues estaban convencidos de que Marienthal era un nido de intrigas. Llevada ante un *Volksgerichtshof* (Tribunal del Pueblo) nazi, le preguntaron primeramente por qué se había negado a integrar la organización benéfica nacionalsocialista. Bárbara contestó que prefería hacer caridad a través de la Iglesia. A continuación una de las cuarenta doncellas del castillo ocupó el estrado de los testigos. El 17 de julio la muchacha declaró bajo juramento que su ama había dicho: «Si Hitler muriese mañana, toda Alemania sería feliz.» *(Wenn Hitler morgen stirbt, freut sich ganz Deutschland.)* A fines del verano de 1944 eso bastaba para que ahorcaran a cualquiera, y la acusación logró dos testigos que apoyaran su postura. Todo hacía pensar que una biznieta del gran Krupp iba a ser ejecutada por alta traición (6).

Luego, de pronto, los jueces volvieron a llamar a la acusadora de Bárbara y le preguntaron por qué, si había escuchado tan comprometedoras palabras tres días antes de que se atentara contra el Führer, no lo había comunicado a las autoridades en seguida. Stauffenberg pudo de ese

(*) **«Sie sollen gehängt werden wie Schlachtvieh»**, ordenó el Führer («Que los cuelguen como a ganado»). Al filmar las ejecuciones, los operadores de Goebbels acumularon ochenta millas de celuloide. Los alemanes, incluidos los nazis, no pudieron soportar la película, y huían de los cines. Pero Hitler nunca se cansó de contemplarla. Se convirtió en una de sus distracciones favoritas.

modo haber sido detenido antes de que colocara su cartera en la Wolfsschanze. Lo cierto es que la criada estaba haciendo recaer graves sospechas sobre ella misma.

La asustada muchacha retiró inmediatamente su cargo. De vuelta a su celda, Bárbara se puso a leer páginas de la Biblia a las descarriadas palomas que estaban con ella, hasta que la soltaron. La explicación de Krupp cerca de su absolución fue que «al fin un inteligente abogado acusador y un tribunal razonable *(ein ensichtsvoller Staatsanvalt und ein verständiger Gericht)* le habían devuelto a la libertad». Es muy probable que Alfried hubiera hecho por su tía algo más que decir esas palabras. Los integrantes del tribunal eran todo lo contrario que gentes razonables, y sólo actuaban con ecuanimidad cuando alguna fuerza poderosa intervenía. La absolución de Bárbara fue demasiado hermosa para resultar cierta. Sólo se hace comprensible si uno deduce que en el camino de la justicia nazi se había cruzado la enjuta sombra de Villa Hügel (7).

Tilo no era un verdadero Krupp, el caso contra él era más sustancial (*), y el *Wolksgerichtshof* se comportó hacia él de modo distinto. A decir verdad, nadie podía probar que hubiese participado en el atentado contra la vida del Führer. Su horror por la violencia era bien conocido, y seguía siendo un leal miembro del partido. De todos modos, sus antecedentes se arraigaban muy profundamente en la Alemania imperial de Guillermo, para que fuera considerado lo bastante *gleichgeschaltet* por los nacionalsocialistas. Había escrito algunas cartas criticando a las SS, y en una ocasión trató de ayudar a un judío. Después de prolongados interrogatorios, fue acusado de conocer a los conspiradores del 20 de julio, de aparecer en iglesias protestantes como conferenciante lego, y de exigir un mejor tratamiento para los trabajadores extranjeros. Tilo «admitió» los tres cargos. Para castigarle, el tribunal le expulsó formalmente del partido y le mandó a un campo de concentración (8).

El campamento era Sachsenhausen, cerca del río Havel. Antes de que pasaran pocos meses, aquella estacada se convertiría en la tumba de cien mil personas. Bertha, al saber por Bárbara la suerte corrida por Tilo, trató de enviar a éste alimentos con su chofer —uno se pregunta qué idea tendría ella de los campos de concentración—, y la hija del barón, Ursula, también le llevó paquetes hasta la puerta. Ninguno de ellos le fueron entregados. Conforme se adentraba el invierno, la situación de Tilo se volvía más crítica. Tenía ya cerca de sesenta años, y hasta el día de su detención no padeció nunca privaciones, por lo que su resistencia al frío y los sufrimientos resultaba casi increíble. Más tarde atribuyó esa fortaleza a haber hecho siempre mucha vida al aire libre. Sin embargo, le quedaba aún por pasar lo peor. Cuando las avanzadillas de Zhukov se acercaban al campamento, un médico que representaba a la Cruz Roja sueca rogó al jefe del campo, SS Standartenführer Keindel, que le entregase Sachsenhausen. Keindel se negó, y en lugar de ello mandó formar a los 40.000 prisioneros supervivientes en dos columnas, y les hizo abandonar el lugar bajo una intensa lluvia.

Aquellos que no pudieron mantenerse al paso de los demás fueron asesinados conforme iban cayendo al suelo. El médico de la Cruz Roja, que avanzaba en la retaguardia de las columnas, contó veinte cadáveres en las primeras cuatro millas de la marcha. A todos ellos los habían matado de un tiro en la cabeza. Y eso era sólo el comienzo de la odisea. Antes que el par de columnas se viera interceptado por las tropas americanas, su éxodo hubo de proseguir durante once jornadas. Cuando con

(*) Por ejemplo, su garantía del 26 de julio de 1937, confirmando a Gustav que Löser era leal al partido (NIK-12522).

toda clase de cuidados logró recuperar su antiguo estado de salud, el barón manifestó que jamás olvidaría «aquel crimen», esa «vergüenza y deshonor para la nación alemana». En las memorias que escribió más tarde, manifestó: «¡Era totalmente evidente que Alemania se había hundido!» *(Deutschlands völliger Zusammembruch wurde hier physisch greifbar!)* (9).

Para los que se hallaban al corriente, esas palabras resultaban indiscutibles desde que se produjo el desembarco de Normandía, seis semanas antes del *Attentat*. Por esa razón, precisamente, tantos hombres eminentes se habían comprometido para tratar de eliminar al Führer. Habiendo fracasado el golpe, sin posibilidades de establecer otro Gobierno, el Reich derivaba ahora directamente hacia el abismo. Desde entonces cada revés en el campo de batalla suponía graves desgracias para incontables familias, y los Krupp no eran una excepción. La humillación de Bárbara fue el primer golpe, y el encarcelamiento de Tilo el segundo; el tercero llegó en la noche del 26 al 27 de agosto de 1944.

Comprendiendo que la ofensiva rusa del verano iba a ser incontenible, el rey Miguel de Rumania había comenzado a negociar secretamente con la URSS desde marzo. Una derrota de la Wehrmacht en el sector de Besarabia —se convino por ambas partes—, sería el factor que provocase la deserción del rey del bando del Eje. Rumania se uniría a los Aliados y declararía la guerra a Alemania. Esto ocurrió el 25 de agosto. Las tropas del Führer quedaron rodeadas en aquella zona, y entre los jóvenes oficiales obligados a rendirse en las siguientes cuarenta y ocho horas se hallaba Harald von Bohlen und Halbach (10).

Harald dio su verdadero nombre a sus captores soviéticos, que, no conociendo lo que éste representaba, le mandaron a un campamento de concentración en compañía de otros millares de prisioneros de guerra. No tardó Harald en comprender su error, al dar ese nombre. Los agentes de propaganda enemigos, volvieron las técnicas del propio Goebbels contra él, comenzaron a tratar de ganarse a los prisioneros para la ideología marxista. Hicieron especial hincapié en los alemanes que habían sacado provecho de la guerra, y pusieron como ejemplo el nombre de Krupp. Sólo era cuestión de tiempo, que algún avisado comisario relacionase a Harald con Alfried. Trasladado a un nuevo campamento, Harald destruyó toda la identificación que poseía y dio el nombre de Harald Bohlen. Poco a poco se fue ocultando en un benéfico anonimato, se dejó crecer barba y aguardó a que le repatriasen. Estuvo a punto de lograrlo. Hacia la primavera la mayor parte de los prisioneros habían sido enviados a Rusia. En Rumania quedaron en custodia unos quinientos veteranos de la Wehrmacht que se hallaban enfermos, entre ellos cierto Oberleutnant Boller, como Harald se hacía llamar entonces. En mayo le colocaron en un tren y le enviaron de vuelta a Alemania; cuando cruzaba el Oder, un comunista alemán le reconoció y descubrió su verdadero nombre. Los rusos le enviaron directamente a una prisión política de Moscú. En un tiempo realmente asombroso por lo corto, los soviéticos acumularon un legajo de casi un metro de altura delante de Harald. Desde entonces un equipo de interrogadores se dedicó a hacerle preguntas durante once largos meses (11).

Una de las acusaciones principales de los rusos era que la actuación de Krupp se dirigía más hacia las ganancias de dinero que hacia el patriotismo. El desdichado prisionero poco sabía de tales asuntos, desde luego, y como de costumbre, los comunistas apoyaban su caso en el nombre de la familia. Había que hacer un ejemplo de aquello. Por muy dedicado

que estuviera Alfried al esfuerzo de guerra, su principal preocupación era la solvencia de la firma. Alguna prueba, por leve que fuera, sugiere que los principales Schlotbarone formaron una alianza para el resurgir en la posguerra, el 10 de agosto de 1944, tres semanas después del *Attentat*, y dos semanas antes de la captura de Harald. La fuente del informe es un agente doble francés, considerado digno de crédito, el cual informó al servicio norteamericano de Inteligencia que los representantes de Krupp, de Röchling, Messerschmitt, Rheinmetall-Borsig y Volkswagenwerk se reunieron ese jueves en el hotel Rotes Haus, de Estrasburgo, para considerar el futuro que tenían por delante. El francés, que afirma haber estado presente, declaró que los reunidos planeaban una campaña comercial para el período que siguiera a la capitulación. La clave del plan consistía en «conseguir créditos extranjeros para Alemania» (12).

Si Krupp consideró o no la posibilidad de unirse a sus colegas industriales, el caso es que el Konzren había estudiado su propia posición, y redactó un plan independiente. Era más osado que pedir créditos al extranjero, y bastante más ilegal. De haberse enterado el Führer de ello, sin duda habría obrado con dureza. Pero de lo contrario la firma se veía ante la alternativa de la bancarrota. En 1942, Gustav acumuló más de 200 millones de marcos en bonos de la Tesorería del Reich. Ese montón de papel impreso era el núcleo de la herencia de Alfried, y éste tenía que librarse de eso lo antes posible. La facilidad con que los aviones aliados dominaban los cielos sobre Essen sugería imperiosamente que los vínculos con el actual Gobierno de Berlín resultaban de dudoso valor. Al mismo tiempo, los daños producidos por los bombardeos exigían nuevo capital. Según señaló el doctor Friedrich Janssen en aquel tiempo: «Debemos fortalecer nuestra posición financiera a tal extremo que después de la guerra podamos reconstruir esos talleres con nuestros propios fondos». En consecuencia, la liquidación de los bonos del Führer comenzó ya en los primeros días del reinado del nuevo Krupp (13).

Los ayudantes de Alfried convinieron en que el plan era aconsejable. En Nuremberg, Johannes Schröder, que había sido ayudante de Janssen, declaró:

> «Bajo el peso de esos ataques aéreos y la situación de la guerra, consideramos que Alemania había perdido la contienda, y en la más estricta intimidad así nos lo decíamos entre nosotros... En vista de la proximidad de la derrota, los administradores de Krupp se hallaban interesados al menos en salvar algo para la era de la posguerra [*Im Anblick der kommanden Niederlage waren die Krupp-Direktoren indessen mehr daran interessiert, wenigstens etwas für die Nachkiegszeit zu ersparen*]. Deseábamos llevar los negocios del futuro a un estado de solvencia financiera que permitiese la supervivencia... En lugar de invertir en producciones de guerra, destinadas a perderse, la Firma siguió una nueva política de mantener secretamente los valores con más posibilidad de ser realizables. Se deshizo de los bonos de guerra, convirtió en efectivo las reclamaciones por daños bélicos, y cobró importantes deudas del Reich.» (14).

En la práctica, la liquidación completa no resultaba aconsejable; Stauffenberg lo demostró. Según explicó Schröder, «Debíamos tener un cuidado especial, sobre todo después del 20 de julio de 1944..., debido a que entonces el Reich exigía que todo el capital de la industria se dedicase a financiar la guerra. Como no podíamos utilizar el correo, el doctor Janssen fue personalmente a cada una de las firmas subsidiarias para

explicar nuestra política». Era un asunto peligroso. Schröder admitió que Alfried y su directorio «comprendían el riesgo que estaban corriendo» *(Wir wussten was wir riskierten)*. La única ventaja de que disponían era que Himmler tenía muy escasas nociones acerca de las altas finanzas, y no se daba cuenta de lo que Krupp estaba haciendo.

Tampoco lo entendió al principio uno de los miembros del tribunal de Nuremberg. ¿Qué se lograba con todo eso?, inquirió dicho juez, cuatro años más tarde de concluida la guerra. La respuesta de Schröder fue que «acumulando grandes reservas bancarias, *die Firma* seguía siendo solvente. En total unos 162 millones de marcos de papeles sin valor fueron vendidos, de modo que al terminar la contienda sólo teníamos 68 millones de marcos en bonos». También pudieron haberse vendido éstos, pero eso habría resultado «demasiado derrotista». Se produjo a continuación un prolongado silencio en el Justizpalast. Entonces el testigo, considerando tal vez lo que hubieran pensado sus compatriotas, exclamó: «*Wir waren keine Verräter!*» (¡No éramos traidores!) (15).

Los incontables muertos (*) que cayeron defendiendo a la patria en aquellos dos últimos años tal vez no estuvieran de acuerdo con tal manifestación, pero el viejo Alfried Krupp no lo hubiese pensado dos veces. Su Casa no desaparecería, y eso era lo que más importaba al primer Kanonenkönig. Se trataba de un asunto de prioridades, las que son diferentes para los soldados y para los industriales. Además, había otra cuestión. Según las palabras de Schröder, Alfried y los que le rodeaban insistían en recobrar el tesoro que Gustav había entregado como garantía a Berlín, «si bien esto podía ser considerado como un grave acto de sabotaje, y pudiera enviar a los implicados a un campo de concentración» *(obwohl dies als schwerer Sabotageakt die Betliligten ins KZ-Lager hätte bringen können)* (16). Tal vez pensó que el hecho tenía un cariz heroico, pero para los que escucharon a todos los testigos resultaba algo muy diferente. La defensa de las «órdenes superiores», de la «ciega obediencia», de *Befehlsnotstand* y *Rechtspositivismus* —la doctrina de que *toda* ley debe ser obedecida bajo *cualquier* circunstancia, había muerto para siempre. Habiendo arriesgado la cárcel por una fortuna, Krupp no podía echar la culpa del sino de sus esclavos, a la calcinada puerta del bunker donde se cobijaba el Führer.

La situación llegó a su apogeo mediado el verano de 1944. Durante esas prolongadas semanas de calor y pegajosa neblina, el Hauptverwaltungsgebäude funcionaba en un estado de pánico controlado. No todo debía atribuirse al brillo demente que se apreciaba en la mirada del Führer. Una vez que se hubo consolidado la primera cabecera de puente en Normandía, la misma Gusstahlfabrik se hallaba amenazada. Alfried tenía razón al creer que los ejércitos angloamericanos de Francia habían puesto su mirada en el arsenal de Krupp. Así era, en efecto. El único desacuerdo que había entre las tropas atacantes era la forma más rápida de conquistar la comarca. Montgomery era partidario de «una poderosa y arriesgada arremetida». Los germanos estaban desmoralizados, arguyó el inglés en ese mes de agosto. Una vez en el Ruhr, los Aliados sólo tenían que «mantenerse allí durante un máximo de tres meses, y se llegaría al final».

Si bien Eisenhower prefería avanzar sobre un frente más extenso, concedió al mariscal de campo británico una oportunidad en Arnhem.

(*) Unos tres millones y medio de alemanes murieron en el frente. Las bajas civiles, según se ha calculado, duplicaban las pérdidas del Reich.

Tres divisiones aerotransportadas debían apoderarse de una cabecera de puente en esa zona, rebasar el flanco occidental e irrumpir en el Ruhr. El ataque de paracaidistas terminó con una amarga retirada de los Aliados. Un tiempo pésimo, la falta de adecuado apoyo y la inesperada presencia de dos divisiones panzer de las SS en la región, dieron al Reich un respiro, y en noviembre los Aliados volvieron a efectuar una serie de ataques vacilantes, uno de los cuales, según esperaba Eisenhower, les permitiría salvar el Rhin y conseguir el tan codiciado trofeo (17).

Mientras el dueño del citado trofeo trabajaba contra reloj en Essen, la salud de su padre iba empeorando. Hasta finales del otoño Gustav se mantuvo activo. Había que cuidarle, pero podía andar, y a menudo hablaba. De todos modos, distaba mucho de ser el vivaz negociante que fuera en un tiempo. Al concluir el verano, Berthold fue licenciado del ejército y asignado a investigaciones sobre penicilina en Munich. En sus visitas a Blühnbach advirtió cómo la mente de su padre «se le iba, recuperaba la atención y volvía a írsele». Cuando Ursula von Wilmowsky fue a ver en setiembre a la familia en su castillo austríaco de ochenta habitaciones, a fin de contarles los sufrimientos de sus padres, Tilo y Bárbara, el anciano Gustav no la reconoció. Eso fue una excepción, ya que solía identificar a muchos otros visitantes. Tenía momentos de lucidez y de incoherencia. Su situación pareció durante un tiempo haberse estacionado (18).

Pero el 25 de noviembre se vino abajo. Mientras paseaba solo por los jardines de Blühnbach, el anciano se volvió hacia el castillo y echó a correr penosamente. Antes de que Bertha y los criados llegasen junto a él, Gustav tropezó, cayó al suelo y quedó tendido boca arriba, lanzando quejidos. Tenía extrañamente retorcido un brazo. Se apreciaba claramente que estaba herido. Bertha ayudó a introducirle en un coche y dijo al chofer que se dirigiera a toda velocidad al hospital más cercano, que se hallaba en Schwarzach-Sankt Veit. Pero los Alpes austríacos no se prestan para rápidos desplazamientos. Las carreteras son estrechas, se curvan en fantásticas revueltas, y en aquella época del año justamente solían estar resbaladizas. Más tarde el chofer dijo que otro coche se le había echado encima. Sea como fuere, el caso es que el conductor tuvo que dar un brusco frenazo. Gustav, semiinconsciente, fue proyectado hacia adelante y se golpeó contra una barra que había detrás del respaldo del chofer. Durante ocho semanas permaneció en el hospital, y mientras se encontraba internado sufrió un ataque de parálisis, el segundo, según dijeron los médicos a Bertha. Al regresar a Blühnbach ella le atendió constantemente. Le habían dicho que Gustav ya nunca podría quedarse solo. En marzo llegó Berthold de Munich y halló al anciano sentado en un mirador, bajo la vigilancia de un criado, observando con gesto ausente el espléndido panorama. «Papá, hemos perdido la guerra», manifestó el hijo. Gustav se volvió y exclamó: «Berthold!» Pero nadie supo, entonces ni nunca, si había entendido lo que le dijo el joven. Durante los seis años que siguieron, su patético silencio sólo se interrumpía con juramentos y estallidos de llanto inexplicable. A Berthold le pareció que la investigación en el laboratorio ya no tenía objeto. Decidió volver a Munich, empaquetar sus cosas y regresar. Cuando llegara el enemigo, manifestó a su madre, quería estar allí, al lado de ella (19).

Claus yacía en una tumba de la Luftwaffe, el barón estaba preso en Sachsenhausen, Kurt von Wilmowsky se hundió en el Atlántico tras ser torpedeado el barco que lo conducía, el marido de Irmgard estaba sepultado bajo las nieves de Rusia, Harald había desaparecido en acción, Gustav se hallaba inválido y sin habla... Uno a uno los miembros de la familia iban disgregándose, desapareciendo. El último golpe fue la pérdida

de Eckbert, en lo cual hay algo de misterioso. En abril de 1945 Bertha recibió una carta de él. Se encontraba bien, y aseguraba que procuraría conservarse así. Sin embargo, no hubo forma de saber dónde había sido echado el sobre, y cuando llegó la paz y el más joven de sus hijos no regresó, Bertha comenzó a inquietarse seriamente. El silencio se prolongó un mes tras otro, y en agosto un oficial que pertenecía al mismo regimiento, escribió que Eckbert había muerto en marzo. Después de sostener correspondencia con otros oficiales que habían sido compañeros de su hermano, Berthold se trasladó a Italia y halló enterrado a Eckbert en San Marino. Eso es lo extraño: San Marino había sido ocupado por las tropas británicas el 23 de setiembre de 1944. La explicación más probable es que Eckbert integró la retirada desde la Línea Gustav, quedó aislado de su compañía durante el frenético reagrupamiento de la Línea Gótica, y vagó por territorio enemigo sin rumbo fijo, hasta que fue abatido por un centinela o por los partisanos (20).

Por la época en que su muerte fue confirmada, sin embargo, ya no interesaban demasiado los detalles. Había otro cúmulo de problemas que abrumaban a la familia. La crisis llegó a su punto álgido en el tercer mes de aquel año, cuando el Reich aún existía, *die Firma* se hallaba intacta, y los pensamientos de todos los que moraban en el castillo de Blühnbach, con excepción de Gustav —y quizá incluso él también, durante sus agudos ataques de llanto—, se hallaban puestos en la mansión que dominaba el río Ruhr desde una colina. En la segunda semana de marzo llegó a Blühnbach la noticia de que las tropas aliadas habían cruzado otro río, éste mucho más importante. Por vez primera desde las invasiones napoleónicas, la infantería enemiga se hallaba en la orilla derecha del Rhin. Los norteamericanos se habían apoderado del puente ferroviario de Remagen (21).

El puente fue tomado el 8 de marzo. Años más tarde, al rememorar aquella época de violencia y desorden, cuando los despachos diarios traían noticias de trascendentales alteraciones en las antiguas fronteras de Europa, Alfried recordó la tensión que reinaba ese mes en el propio Essen. Los problemas habían sido más considerables en otras partes, sin embargo, manifestó, el Ruhr no era el peor lugar de todos: «Aquí teníamos suerte, en general *(Hier haben wir in allgemeinen Glück gehabt)*, exceptuando, desde luego, que el trabajo se veía interrumpido constantemente cuando la gente debía ir a los refugios antiaéreos» *(als die Leute in die Luftschutzkeller hinunter mussten)* (22).

La última de estas interrupciones se produjo en la noche del 11 de marzo, tres días después de que el puente Ludendorff, de Remagen, cayera en poder de una patrulla del 14.° batallón de tanques de Estados Unidos. Al anochecer los Lancaster aparecieron sobre Essen, atacando con toda la fuerza. Pasaron dos días antes de que los escombros se asentaran, y Alfried, pisando cuidadosamente sobre los derruidos tabiques y las vigas retorcidas —había 700 bombas sin estallar entre los millones de metros cúbicos de escombros—, comprendió que la espina dorsal de la fábrica de acero de Krupp, con sus ciento treinta y cuatro años de antigüedad, había quedado deshecha. Una bomba demoledora hizo saltar la estatua de *der Grosse Krupp* de su pedestal de mármol, haciéndola caer al cráter dejado por otra bomba. Pero incluso allí el primer Rey de los Cañones se mantenía erguido, como un soldado en una trinchera, la barba contra el parapeto y los iracundos ojos contemplando la arrasada extensión que humeaba ante él (23).

El acero terminado y a medio elaborar, que se hallaba en los alma-

cenes de Alfried situados en las afueras de la ciudad, excedía de las cien mil toneladas —dos meses de producción—, y con las materias primas que había disponibles, Borbeck y Rheinhausen podían producir otras cien mil toneladas más. Pero después de eso ya no habría más. Aunque las dos terceras partes de las instalaciones industriales de Krupp en Alemania permanecían intactas, las comunicaciones eran imposibles. A la semana siguiente, Hitler, sacando en conclusión que el pueblo alemán era indigno de él, proclamó un *Führerbefehl* ordenando la destrucción de todas las centrales eléctricas y las minas de carbón. Speer se mostró aterrado, y Krupp, sarcástico.

En Essen ese trabajo demoledor se había realizado ya gracias a los ingleses. Los proyectiles no habían alcanzado los inapreciables túneles subterráneos, desde luego, pero habían destrozado las bombas extractoras de agua de la superficie, que permitieron el funcionamiento de las minas durante cuatro generaciones. Cualquier *Kumpel* que tratara de ir a su trabajo, se ahogaría en las minas inundadas. En consecuencia, la orden del nuevo Gauleiter de evacuar todos los talleres carecía de objeto. Sin embargo, Alfried obedientemente la respaldó y hasta decidió encerrarse en Villa Hügel, y basándose en que su aparición en las oficinas podría hacer que los fieles Kruppianer decidieran volver a sus destrozados talleres (*«Befehl ist Befehl»*, dijo, «Ordenes son órdenes»). Fritz Tubbesing fue nombrado encargado general del Hauptverwaltungsgebäude. Desde su despacho, situado directamente encima del de Alfried, miraba pensativo hacia el bosque de ociosas y vacilantes chimeneas. Más tarde dijo: «Durante mis treinta años de trabajo para la firma, nunca observé semejante quietud» *(In den dreissig Jahren meiner Tätigkeit für die Firma habe ich Niemals eine solche Stille erlebt)* (24).

La proximidad de la paz pudo haber significado un respiro para los esclavos. Habían sido llevados a Essen para trabajar; ahora la derrota de Alemania era cuestión de tiempo, y sólo tenían que aguardar a sus libertadores. Pero el *Sklavengeschäft* nunca se había mostrado sensible, y con el fracaso de la ofensiva de Rundstedt en las Ardenas, las perpectivas de los internados en los campos de Krupp experimentaron un amenazador cambio. Una especie de locura se apoderó de algunos de los guardias. Comprendiendo que el fin se hallaba cerca, buscaron cabezas de turco y se cebaron en sus esqueléticos prisioneros. Hacia el final del invierno, cuando medio metro de nieve cubría el Reich, a las mujeres ucranianas se las despertaba a las cuatro de la mañana (sin razón aparente) con cubos de agua helada. Una vez que las prisioneras estaban en pie, los gurdias las atacaban con tubos de goma maciza, golpeándoles especialmente en los senos. A los varones les pegaban en el bajo vientre, y pocos fueron los que resultaron sin heridas, ya que los castigos habían sido incorporados a la rutina diaria (25).

Los informes sobre este último acto en la tragedia de los esclavos de Krupp se deben casi todos a los Kruppianer alemanes que voluntariamente se presentaron en el Palacio de Justicia, haciendo sus relatos en presencia del único hombre que podía darles trabajo o pensiones, una vez que las tropas aliadas se retirasen del Ruhr. Si el sadismo teutón constituye un prodigio, no menos portentoso es el idealismo germano, según demostró el desprendimiento de los mártires del 20 de julio. Había trabajadores de Essen que se mostraron profundamente ofendidos por la brutalidad del Werkschutz, que protestaron en su hora, y que deseaban que se hiciera justicia, aunque ellos resultasen perjudicados. No eran incidentes tremendos en sí mismos, pero el efecto acumulativo de todos ellos resultaba abrumador. Cuando un testigo declaró que los episodios más desagradables habían ocurrido a corta distancia de Alfried, quien

tuvo que enterarse de ello, se produjo un murmullo de asombro en las tribunas del público, por más que el jefe de los defensores continuó impasible, como siempre (26).

Los testigos convinieron en que el maltrato de los esclavos se acentuó conforme Hans Fritzsche, el comentarista oficial de radio de Goebbels, admitió que la Wehrmacht estaba retirándose. Para sus decenas de millones de escuchas, la presentación del locutor, «*Hier spricht Hans Fritzsche*» (Les habla Hans Fritzsche) resultaba tan familiar como la frase de Edward Murrow «Aquí Londres», en muchas otras naciones. Se tenía fe en Fritzsche, y cuando pronosticó el Götterdämmerung, sus oyentes comprendieron que sería cierto. La respuesta de todos ellos parece haber sido casi la consecuencia de un reflejo. Un torturador de Krupp que apareció ante una comisión de Nuremberg era Heinrich Hümmerich, veterano miembro del Werkschar, cuerpo selecto dentro del Werkschutz. «Al comienzo, esa clase de castigos era raro —manifestó—, pero conforme se acercaba el fin de la guerra, cada vez apresaban a más gente y nos la entregaban a nosotros.» (27).

Los guardias y capataces más humanos enviaban los esclavos al Werkschar, pero aquellos que tenían menos escrúpulos administraban ellos mismos el castigo. Un trabajador llamado Vogelmann juró que un compañero empleado «golpeó implacablemente a un prisionero ruso de guerra» con una cachiporra de hechura casera «hasta que el preso cayó al suelo, cubierto de sangre, muriendo poco después a consecuencia de las heridas en la cabeza». Otro alemán llamado Käfer relató que uno de los Kruppianer apaleó a un extranjero «con una tabla en la que había clavos, de manera tan brutal que el prisionero cayó inconsciente y tuvo que ser llevado por otros». Un tal Guseinov describió la cólera que invadía a cierto guardia cada vez que una de sus trabajadoras del Este se quejaba de haber sido separada de su hijito, cuando era llevado a Buschmannshof; en cierta ocasión, una de ellas, «que no se sentía con ánimo para trabajar, por haber muerto su pequeño, fue empujada a golpes por él hasta su puesto» (28).

La intervención en favor de las víctimas constituía una imprudencia. Franz Beduhn, empleado de la firma desde 1927, puso reparos a los métodos de Heinrich Buschhauer, el supervisor de los prisioneros de guerra rusos en el departamento de construcción de calderas. Un día, según declaración escrita de Beduhn —la cual fue apoyada por los testimonios firmados de cuatro obreros compañeros de él—, «Buschhauer llamó a un hombre sumamente débil y le ordenó que moviera, él solo, unos bloques de hierro que pesarían cerca de mil libras». El prisionero no podía hacerlo; era materialmente imposible. Entonces el supervisor «cayó sobre él y le dio un puñetazo en el rostro. El ruso se desplomó al suelo, pero Buschhauer, en lugar de dejarle, empezó a dar patadas al pobre hombre. Le golpeó sin piedad en el vientre, el cuello y la espalda». Beduhn se interpuso entre ambos, y Buschhauer gritó que le denunciaría a la Gestapo. Al mediador le salvó la intervención del administrador del taller. El paradero del maltratado ruso fue, como de costumbre, desconocido. En verdad, sólo había una manera segura de escapar a tales perseguidores: alistarse en la Wehrmacht. Varios polacos que padecían sabañones fueron como voluntarios sólo para conseguir calzado. Esta escapatoria, desde luego, sólo estaba reservada a los varones (29).

En el sótano del Hauptverwaltungsgebäude, una extensa y sombría cueva de hormigón, se llevaban a cabo verdaderas torturas. Los cuarteles generales del Werkschutz y el Werkschar se hallaban allí, y en uno de sus despachos, unos guardias construyeron un refinado aparato para castigar a los esclavos rebeldes. Tenía la apariencia de un armario de metal,

pero Fritz Fell, un operario electricista nocturno que trabajaba a diez metros del artefacto y le veía funcionar, le bautizó con el nombre por el cual fue conocido y temido: *der Käfig* (la jaula). Más tarde, el obrero explicó: «Vi mujeres del Este a las que encerraban en el armario, y me dije "eso es una jaula"; no sé por qué razón, exactamente. Bueno, tal vez porque a los animales —el pájaro, por ejemplo—, se los encierra en una jaula» (30).

La *Käfig* había sido ideada para personas, y por lo tanto era mucho más grande que una jaula de pájaros. Los oficiales norteamericanos consideraron el aparato tan desusado que lo fotografiaron, y tres de las copias fueron presentadas en Nuremberg como prueba. Las fotos muestran un pesado armatoste de acero, de metro y medio de alto, es decir, diez o quince centímetros menos que la estatura media de un adulto en posición erguida. El interior estaba dividido por un tabique vertical en dos celdillas, cada una de medio metro de ancho por medio metro de profundidad. Dos perforaciones en el techo suministraban la única ventilación, y dos fuertes cerrojos aseguraban las puertas delanteras. Según el general Taylor manifestó al tribunal, «los trabajadores esclavos eran introducidos allí, quedando encogidos durante períodos que variaban desde algunas horas a varios días. Otro refinamiento de la tortura consistía en verter agua, sobre las víctimas, por los dos agujeros de respiración, durante la estación invernal» (31).

El Unterführer Gerlach, que tal era su título en el Werkschar, se cuidaba de la jaula. Cuando Hitler invadió Polonia, Gerlach era un cerrajero de Krupp; pero además era uno de los sádicos cuyo talento en su especialidad iba a ponerse de manifiesto en las celdas de los Sklaverei. Por turnos ejerció como guardia del Werkschutz, como Lagerführer, y finalmente como jefe delegado de un destacamento de policía. Fue a Gerlach a quien primero se le ocurrió la idea de usar los orificios de ventilación. Una cruda noche de invierno, Josef Dahm, un civil alemán cuya tarea le llevaba a veces hasta la sala de los guardias, vio al Unterführer encerrar esclavos en la jaula. Luego, según las palabras de Dahm, «Gerlach cogió un cubo de agua y lo vació por los agujeros, cayendo el agua dentro del armario». Del interior oyó Dahm que partía «un quejido» (32).

Gerlach se contaba entre aquellos que se sentían irritados por las mujeres que tenían sus hijos en Buschmannshof. Una madre insistió en hacer el viaje semanal hasta allí, en cierta ocasión. La ira de Gerlach aumentó cuando supo que la mujer había concebido por segunda vez, y entonces la recluyó en la jaula. Los detalles de este incidente llegaron más tarde a Fritz Fell, el cual fue sometido posteriormente a uno de los interrogatorios más intensos en el Justizpalast de Nuremberg.

Fell declaró que en la época del tormento de la jaula, la trabajadora esclava se encontraba en el séptimo mes del embarazo. Heinz Wolf, un abogado de Krupp, se rió sarcásticamente. Preguntó que cómo pudo saber el testigo semejante circunstancia. Fell contestó que cierto compañero suyo, un tal Herti Scartipa, se lo había dicho, y que, además, eso se podía advertir fácilmente. Cuando Gerlach lo advirtió, comenzó a perseguirla. La mujer debía volver de Buschmannshof los sábados a las diez de la noche. Una vez perdió el enlace del tranvía, y llegó a las 10,15. El Unterführer la hizo llevar a su despacho. «Estaba esperando eso desde tiempo, que te quedases fuera más de lo permitido», le oyó gritar el electricista, y la mujer fue a parar a la jaula. Para una madre en avanzado estado de gestación, el sufrimiento tuvo que ser intolerable. Fell concluyó su turno a las seis de la mañana; cuando volvió, la mujer estaba inconsciente (33).

«Por brutales que fueran los apaleamientos —observó el tribunal del

Justizpalast en su sumario—, las mujeres encerradas en la "jaula", pedían que las golpeasen, antes que soportar la tortura de estar allí recluidas.» Algunos prisioneros de Krupp recibían ambos castigos. A fines de diciembre, cuando las campanas del Rathaus saludaban el último año nuevo del Tercer Reich, unos trabajadores del Este destinados al taller IV de construcción de tanques, iniciaron por su cuenta lo que Dahm llamó «cierta clase de celebración». Puesto sobre aviso, Gerlach halló a tres de los *Fremdarbeiter* en los barracones de las mujeres. Los llevó entonces al cuartel general y les dio una paliza de las acostumbradas, con una cachiporra de goma. Luego encerró a los tres en la jaula, uno en la parte izquierda y dos en la derecha. Como se quejaran, Gerlach les echó agua encima. Después de una hora, los ahogados lamentos de los dos hombres que estaban a la derecha se hicieron insoportables para Dahm. Este pidió a Gerlach que soltara al menos a uno, y así se hizo; pero los otros dos siguieron encerrados hasta el día siguiente (34).

Las declaraciones de hombres como Dahm y Fell, arios que habían gozado de los privilegios de los *Übermenschen*, y que ahora habalban contra Alfried, una vez que éste se hallaba derrotado, irritaron a los treinta y siete abogados de Krupp. Si era cierto que esos abusos fueron cometidos en el Hauptverwaltungsgebäude, inquirieron mordazmente, ¿por qué los testigos no se quejaron en aquel momento? Esto era una necedad, y pasaba por alto el hecho de que algunos Kruppianer ya se habían quejado con nulos resultados, pues los Gerlach eran el instrumento de una política oficial. Dahm contestó: «Temí decir algo, pues Gerlach me hubiera perjudicado de alguna forma», y si bien el Unterführer no tenía autoridad sobre él, «me hubiese denunciado», con las desagradables consecuencias que eran de prever. Del mismo modo, Fell repuso que una protesta de su parte «habría significado mi detención, por lo menos». En esto fueron apoyados por un guardia del Werkschutz, que había visto a otro guardia asesinar esclavos. Al explicar por qué se quedó callado, dijo: «Esos hechos eran generalmente conocidos. Yo sabía que las autoridades ya estaban al corriente de lo que había pasado» (35).

Las autoridades tuvieron que saberlo, en efecto. Las torturas hacen ruido, y los golpes y el enjaulado de los esclavos no se producían en las afueras de Essen, sino en el Hauptverwaltungsgebäude. Fräulein Ilse Wagner, una de las secretarias del Konzernherr, relató al tribunal que cuando estaba sentada ante su escritorio podía oír los gritos de las víctimas. Al insistir en la culpabilidad de Alfried y de su junta, el tribunal de Nuremberg declaró que tal prueba era concluyente. «Los castigos... eran conocidos por los miembros del Werkschutz —observaron en su veredicto—. Eran escuchados por las secretarias que estaban empleadas en el edificio. ¿Podían haber pasado inadvertidos para esos acusados, cuyas oficinas se hallaban en el mismo edificio?» (36).

Ya no se oyeron más gritos en Humboldtstrasse, a partir del día de San Patricio. Esa mañana, Karl Sommerer condujo aproximadamente a quinientas muchachas judías a Bochum, y las colocó en el tren que se dirigía hacia Buchenwald. Sommerer no se molestó en contar las cabezas. De poco le habría valido. En tres bombardeos los archivos del campamento se habían quemado, y nadie supo las prisioneras que habían muerto entonces, o bien en los talleres o bajo el diestro látigo del Lagerführer Rieck. Se hacía innecesario un control, por otra parte, ya que las prisioneras se hallaban demasiado débiles para fugarse, y su aspecto las ponía en evidencia en seguida. Con los vientres hinchados, llagas por todas partes y sus extraños cortes de pelo; vestidas con batas de arpillera

y trozos de manta, careciendo de comida, de ayuda e incluso de un conocimiento elemental de la zona, era evidente que sus posibilidades de escapar resultaban nulas. En cuanto se hubiesen alejado una manzana, habrían sido denunciadas por algún escrupuloso Kruppianer (37).

Y a pesar de todo, cinco de ellas se escabulleron, recorrieron sesenta manzanas, y hallaron un precario escondite. En lo más duro del bombardeo del 11 de marzo, cuando Rieck y sus guardias se hallaban en el refugio, Elizabeth Roth se arrastró por entre la brecha de alambres de espino junto con su hermana Ernestine, con Agnes y René Königsberg, y Rosa Katz, y también con una sexta muchacha, prácticamente una desconocida, que se unió a ellas en el último momento. Los alambres se desprendieron fácilmente, y una a una fueron saliendo. Luego examinaron las oxidadas púas de las vallas a la luz de las bengalas, para asegurarse de que no se habían dejado trozos de trapo o de arpillera que denunciasen su huida, y comenzaron a cruzar los campos que había más allá. En este momento la última muchacha se arrepintió. Es un fenómeno corriente entre los que huyen. Lo conocido, por malo que sea, parece preferible a lo desconocido. La vacilante muchacha volvióse llena de temor, entró de nuevo por la brecha del campamento, y nunca volvió a ser vista por las demás (38).

También éstas se hallaban atemorizadas, y sin saber qué hacer. Elizabeth quería ir a buscar a Kurt Schneider, mientras que Rosa prefería la choza de Gerhardt Marquardt. Ambas moradas se hallaban hacia el nordeste, así que después de una breve consulta, avanzaron en aquella dirección. No tardaron en perderse. Al día siguiente no tenían idea de dónde habían estado, pero el autor de este libro, con la ayuda de las jóvenes, reprodujo su marcha a través del suburbio de Frohnhausen; cruzaron las ruinas de Dechenschule y Raumerstrasse y atravesaron las vías del ferrocarril Essen-Mülheim, hasta pasar por el centro de la propia Gusstahlfabrik y salir de nuevo por el otro lado.

El que sobrevivieran al gran bombardeo resulta algo inusitado. Sin embargo, de no ser por esa incursión, no habrían tenido posibilidad alguna de escapar. En torno a ellas los frenéticos Kruppianer corrían alocados. Una mirada más serena, hubiese identificado a las muchachas como *Stücke*, pero mientras las bengalas centelleaban arriba, seguidas de oleadas y más oleadas de bombarderos, nadie tenía la presencia de ánimo suficiente para examinar a los demás. Cuatro millas al sur se hallaba el castillo de Alfried. Dirigirse hacia allí habría resultado suicida; por consiguiente las cinco fugitivas se encaminaron a Zangenstrasse, sin que nadie hubiese advertido su presencia.

Las jóvenes no sabían que estaban en Zangenstrasse, y de haber habido un letrero que se lo hubiese recordado, poca utilidad les habría prestado. De pronto vieron que al otro lado de la calle había un cementerio. Durante unos tremendos instantes creyeron que habían descrito un círculo para volver a Humboldtstrasse. De haberse levantado por completo la cortina de humo, habrían visto los derruidos restos del Walwerk II, situados a sólo cuatro manzanas al oeste. Pero a pesar del complicado rodeo que dieron, instintivamente habían seguido los *Links-Rechts* de los guardias de las SS, y se hallaban a escasa distancia de su taller. Por otra parte, casi era la hora de entrar al trabajo. Hacia el este, a través de la grisácea polvareda que pesaba sobre la ciudad, advirtieron una débil franja de luz. No tardaría en amanecer, y ya el primer fulgor enfermizo iluminaba el cementerio por la parte oriental de la calle. Elizabeth recordó los dos cementerios; Segerothfriedhof —no conocía el nombre por aquel entonces—, le parecía el más seguro. El lugar aparecía descuidado, y podrían ocultarse entre la hierba crecida, durmiendo du-

rante el día. A decir verdad, habían elegido el mejor sitio para esconderse de todo Essen, y una vez que estuvieron dentro y el sol alumbró la ciudad, se dieron cuenta de su acierto.

Aunque resquebrajadas y profanadas con esvásticas pintadas de amarillo, las lápidas que había en torno a ellas les resultaban algo familiar. Algunas estaban escritas en hebreo, y otras llevaban la estrella de David. Sin saberlo, habían ido a parar al cementerio judío de Essen, el único lugar en que nadie hubiera buscado a unas *Jüdinnen* vivas.

Pero esa solución sólo era provisional. Necesitaban comida desesperadamente, y también agua. En esto de nuevo tuvieron suerte —no mucha, pero sí alguna— ya que en el extremo más alejado de Segerothfriedhof, cruzando un estrecho campo, Rosa Katz vio una serie de cobertizos que albergaban unos huertos y una humilde construcción. Aquello, dijo Rosa a sus compañeras, llena de excitación, era Stadtwiese, la casa de Marquardt. Mientras Elizabeth y las Königsberg preparaban una especie de refugio en un sótano bombardeado que había entre el cementerio y el campo, Rosa y Ernestine fueron a ver a Marquardt. Elizabeth, declarando en su imperfecto inglés, describió más tarde ante el tribunal la reacción del hombre. Evidentemente, Marquardt esperaba a Rosa, pero no imaginó que llegaría con sus compañeras.

> «Se mostró asombrado cuando vio a mi hermana. Al explicarle que habíamos escapado, me dijo: "No puedo ayudaros. Es mejor que volváis allí."... Le pedí que me entregara una pistola. Prefería matarme yo misma. Me contestó que no podía hacerlo, y que vería si nos ayudaba de alguna manera. Le dije que haríamos cualquier cosa, pero que tenía que auxiliarnos. El lo hizo así. No podíamos quedarnos en aquel sótano, a cielo abierto, sin un lugar donde echarse. Encontramos otro sótano y nos trasladamos allí. Por la noche, a la una, él solía llevarnos unas patatas y unos trozos de pan. Los primeros tres días no nos trajo nada. Tenía miedo de decir a su esposa que nos ayudaba. Al cuarto día nos llevó una botella de agua. No sabíamos qué hacer con ese agua, si beberla o lavarnos con ella. Durante semana y media siguió viniendo a vernos durante la noche.» (39).

Los recuerdos de Marquardt eran diferentes. En la sala del tribunal se atribuyó un papel admirable. Insistió en que él había encontrado el cementerio para las muchachas, que desafió a las SS, que le dijeron: «Si encontramos al hombre que protege a las muchachas, le ahorcaremos sin vacilar». También suministró a las chicas patatas, carne de conejo y algunos cacharros para cocinar. Cuando ellas se marcharon de Alemania, prosiguió diciendo Marquardt, le enviaron paquetes a él. Pero Marquardt añadió que las jóvenes «se alegraron de abandonar el campamento de Auschwitz», y que «lo pasaron bien en Krupp». En esto hay muchas discrepancias. El descubrimiento del cementerio por parte de las prisioneras fue fortuito. No hay razón alguna para creer que Krupp o las SS estuvieran al corriente de la ausencia de las chicas; las Roth no recordaron haberle enviado paquete alguno, y si bien era evidente que se fueron con alegría de Auschwitz, es poco probable que hubiesen apoyado voluntariamente a Krupp (40).

Rosa cada vez estaba más tiempo ausente del sótano, y un día desapareció del todo. Como Marquardt se desvaneció al mismo tiempo, las Roth y las Königsberg dedujeron que se habían marchado juntos. De todos modos, las cuatro se veían ahora muy desamparadas. Resulta difícil decir cuánto tiempo permanecieron así, pero como recordaban que

las granadas de artillería seguían cayendo en el Stadtwiese, debieron haber estado hasta finales de marzo. Obsesionadas con la necesidad de buscar comida, se olvidaron por completo que podían volver a capturarlas. Una tarde, Elizabeth se hallaba descansando con la espalda contra la pared del sótano, tratando de beber agua de lluvia, cuando vio a un hombre que la miraba desde arriba. «*Was für eine Blume ist das?*» (¿Qué florecilla es ésta?), preguntó irónicamente. Aterrada, tratando de no ponerse en evidencia con el idioma, dijo lo que primero se le ocurrió, que eran alemanas que escapaban de los norteamericanos y regresaban a la patria.

Con gesto solemne el hombre observó sus batas, los números de los brazos, y los cortes de pelo, y les preguntó si no eran prisioneras del Estado. Claro que no, repuso Elizabeth, indignada; ellas eran *Damen*. Con aire de duda el hombre manifestó: «Será mejor que tengan cuidado, porque la Gestapo encontró a doce *Häftlinge* que escaparon de un campamento, y las acaban de matar». Elizabeth decidió confiar en él. Parecía haberse compadecido, y ella dijo luego ante el tribunal: «No teníamos más remedio; debíamos contárselo».

> «El hombre lo comprendió. Dijo que tenía una cabaña de madera, y agregó: "Si quieren permanecer allí, se quedan en ella". De modo que nos decidimos por eso. Nos quedamos unos pocos días, pero luego no pudo darnos de comer. Era un hombre tan pobre que apenas tenía para mantenerse él mismo. A los pocos días dijo que estaba sin alimentos, y que no podíamos quedarnos; temía a sus vecinos, quienes quizá descubrieran que estábamos allí.» (41).

Kurt Schneider era su última esperanza. Ernestine y Agnes estaban seguras de que podían hallar su casa. A altas horas de la noche lo lograron, buscando entre escombros y patios oscuros. Le contaron su odisea, y él alzó los brazos al cielo. El propio Schneider se hallaba sin recursos. Además, arguyó, su casa no les ofrecía asilo seguro. Lo céntrico de la calle donde habitaba —Elizabeth le vio entrar cuando iban al taller—, podría ser contraproducente. Nadie podía pasar inadvertido allí durante mucho tiempo. A pesar de todo, dijo que conocía a alguien que podía ayudarlas. Fritz Niermann, un compasivo tendero, se había sentido profundamente afrentado por el encarcelamiento en Berlín de Martin Niemöller. El tendero ocupaba un gran piso, no dañado por los bombardeos, en la segunda planta de Markscheide 15, casa situada en la mitad de una calleja sin salida que daba a Altendorferstrasse. Niermann ofrecía refugio a los enemigos del régimen, y Schneider iba a decirle que le mandaría cuatro muchachas (42).

Un asunto como Markscheide 15 sólo pudo producirse en los últimos días del régimen de Hitler. Comprensiblemente las jóvenes se sentían algo desconfiadas. No conocían a fondo a Schneider, menos aún a Niermann, y en la noche siguiente descubrieron que tenían que pasar por los restos de la Gusstahlfabrik, para llegar hasta el piso. Cruzar ante el Hauverwaltungsgebäude fue lo peor. No hubo forma de eludir el amplio edificio de la administración. Además, tuvieron que pasar junto al cuartel general del Werkschutz. Incluso después de haber llegado a la calleja, que sólo estaba a quince minutos, andando desde la oficina de Alfried, las tres primeras personas que vieron en el vestíbulo de la casa de apartamentos, al llegar, fueron tres oficiales de las SS. Aquello les pareció el fin, a las muchachas. Lo cierto es que eso les pareció el final de sus sufrimientos. Niermann y su mujer las acogieron en seguida. El tendero, de algo más de sesenta años, padecía trastornos cardíacos. Ambos eran generosos,

alemanes *gemütliche* y saludaron a las chicas con afecto. Les proporcionaron unos cuartos que tenían salida directa a la calle. Sólo había una regla en la casa: no hablar nunca con los demás huéspedes, y si era posible, mirar en otra dirección.

El anfitrión no dio explicaciones acerca de los oficiales de las SS. No fue necesario. Al cabo de una semana el gran vestíbulo de la casa rebosaba de guerreras negras y pardas; eran militares desertores y *Blockwart* del partido, cuya traición colocaba su vida en un peligro al menos tan grave como el que pudiera correr cualquier judía. Agnes llegó incluso a reconocer los pequeños distintivos de los cuerpos de las SS: la policía criminal, la policía de seguridad, y la SD. En otros tiempos las jóvenes se habrían mostrado aterradas ante la presencia de los uniformes, pero ahora el bienestar que sentían superaba a todo lo demás. Les bastaba con dormir entre sábanas limpias, dejarse crecer el pelo, nutrirse con los buenos alimentos de Niermann, y observar cómo iban disminuyendo en ellas los síntomas de hidropesía.

En la tercera tarde de su estancia en la casa de apartamentos, las cuatro chicas se sintieron alarmadas por una conmoción que se advirtió en el exterior. Acercándose a los visillos de las ventanas, observaron un intenso fulgor proyectado contra el limpio cielo primaveral. Algo estaba ardiendo allí fuera, y como no habían Lancaster volando por encima, se preguntaron qué podía ser. Casi nadie lo sabía entonces, incluyendo al Kriminalrat Peter Nohles y a sus superiores de la Gestapo, en Düsseldorf. Hoy, sin embargo, Fritz Tubbesing habla abiertamente del asunto. Las cajas fuertes de Krupp se hallaban atestadas de documentos comprometedores, algunos totalmente incomprensibles para gentes que no hubieran vivido y trabajado a la sombra del Führer. Reuniendo a sus directores en un sótano que había debajo del que ocupaba el Werkschutz —las oficinas de arriba estaban cubiertas de cristales rotos, y nadie podía asegurar que el bombardeo del 11 de marzo hubiera sido el último—, Alfried ordenó una evacuación masiva de papeles. Los informes de importancia secundaria podían quedar en las cajas; sólo Schröder y Tubbesing conservarían las llaves. El Konzernherr siguió explicando que los documentos más delicados serían enviados fuera del Ruhr y almacenados en 150 escondrijos. Se había preparado una lista al respecto. Los principales lugares de ocultamiento serían los yacimientos de mineral de las montañas de Harz, en el centro de Alemania, así como las dos propiedades del barón Von Wilmoswky en Sajonia, el viejo pabellón de caza de Friedrich Alfred Krupp, otro de los castillos de Bohlen, y un lugar de Blünbach (*) (43).

Los archivos más comprometedores fueron dejados para lo último, medida que no resultó aconsejable, ya que se encontraban aún en las bóvedas, aguardando a ser transportados, cuando llegó a Villa Hügel la noticia de la catástrofe final. En la tercera semana de marzo, Eisenhower autorizó a Bradley para que ampliase la cabecera de puente de Remagen. La ofensiva del Noveno Ejército norteamericano se inició desde las orillas del río, con las primeras luces del 23 de marzo. El Feldmarschall Walther Model quedó cercado. Los generales George Patton y Courtney Hodges, reuniendo sus fuerzas cerca de Giessen, le aislaron de sus bases de suministro y avanzaron velozmente por el corredor de Francfort-Kassel en una gran ofensiva al este del Ruhr. Mientras tanto, el teniente general J. Law-

(*) El plan de Krupp fracasó. Los soldados aliados desenterraron las cajas fuertes de las ciento cincuenta criptas. (WM/Tubbesing).

ton Collins dirigió su VIII Cuerpo hacia el norte y hendió por el medio la desguarnecida retaguardia de las tropas alemanas que aún permanecían junto al Rhin, entre Colonia y Duisburg (44).

En un solo día las columnas de tanques norteamericanos recorrieron cincuenta y cinco millas. Patton, Hodges y Collins, tenían ahora un objetivo común: la ciudad prusiana de Padeborn, situada cincuenta millas al este de Münster. Para el Führer, aquél era terreno sagrado. Allí habían nacido sus divisiones Panzer, y era donde los mejores especialistas en carros de asalto elegían y entrenaban a los cadetes para el manejo de los últimos modelos de Krupp. Profesores, alumnos y máquinas lucharon valientemente contra las puntas de lanza que convergían sobre ellos; pero su valor estaba ya condenado al fracaso antes de haber avistado al primer tanque enemigo. El primero de abril sus fuerzas resultaron diezmadas. La trampa se había cerrado. Dentro de ella quedaban 350.000 soldados del Reich. Era un desastre más considerable aún que el de Stalingrado; el más tremendo en la historia militar germana. Model, después de ordenar a sus baluartes —que se iban desintegrando—, que lucharan durante dieciocho días más, pensó en el suicidio (45).

Indudablemente, el mismo Konzernherr sintió deseos de disparar contra el Feldmarschall, ya que ahora no había forma de ocultar sus archivos. Entre ellos se hallaban planos de armas secretas, un fondo de valor incalculable y una contribución potencial para una nueva Alemania que podía resurgir de las cenizas de un segundo Versalles. Ahora todo aquello habría que reducirlo a escorias. Y además, tenía poco tiempo. En Berlín, al Führer le quedaba escasamente un mes de vida, pero ya los Long Tom de Estados Unidos estaban lanzando proyectiles de 155 milímetros sobre lo que quedaba de Essen, disparando desde Hanborn, una población situada en las afueras de Duisburg, a diecisiete millas de distancia. Una de las granadas dio en el puente que unía los dos edificios del Hauptverwaltungsgebäude. Tubbesing, al examinar los destrozos se preguntó por un momento qué familia yanqui se dedicaría a hacer aquellos *Kanonen.* Pero no había tiempo para reflexionar. Al telefonear a la Colina, un director le preguntó: «¿Están ardiendo ya los aparcamientos?» (46).

Durante la década de 1930 el garaje desde el cual el teniente Durieux gritó *«Commencez le feu!»* —creando así treinta mártires y haciendo de Gustav un héroe de la nación derrotada—, había sido derruido. El lugar fue entonces pavimentado para aparcar en él los «Volkswagen» de 990 marcos (395 dólares) que el Führer prometió a los trabajadores alemanes, y que nunca llegó a entregarles. Ahora la historia iba a desarrollarse de nuevo en aquel *Parkplatz.* Los acontecimientos que siguieron han sido diversamente descritos, y su significado es impreciso. Advirtiendo la frecuente ausencia de vínculos entre Alfried y sus delitos principales (por ejemplo las ejecuciones, las órdenes dadas a los seleccionadores de esclavos de Auschwitz, las deportaciones a Buchenwald, y los ultrajes de Buschmannshof), Cecelia H. Goetz, miembro del equipo acusador de Nuremberg dijo sin rodeos: «Claro está que los documentos más comprometedores ardieron antes de que llegasen los norteamericanos». Nadie la contradijo, y el tribunal, compartiendo su punto de vista, señaló en su veredicto: «Parece evidente que gran cantidad de documentos de los archivos de la firma Krupp fueron quemados... poco antes de entrar las tropas aliadas en Essen. El significado de la incineración de esos documentos no debe ser pasado por alto» (47).

En realidad, no había forma de justificar aquella quema de papeles. Más tarde Tubbesing admitió que «algunos papeles fueron destruidos por la Firma. Eran documentos secretos». Los ociosos Kruppianer que forma-

ban un vasto corrillo en la calzada y vieron cómo los funcionarios de Krupp sacaban carpetas y más carpetas y las apilaban hasta formar una gran pirámide, a la que se roció con gasolina y luego Tubbesing aplicó una cerilla, recordaron el asunto como «la hoguera». Todas las hojas seleccionadas ardieron por completo entre las rugientes llamas (48).

Con el correr de los días los disparos de las piezas artilleras crecían en intensidad. Los cañones, de día, habían remplazado a los bombarderos, de noche. Las calles resultaban peligrosas. La liberación de los esclavos de Krupp estaba cercana, y ellos lo sabían. Lo adivinaban incluso por la actitud de los civiles alemanes. Los guardias de las SS se olvidaron de sus «últimos cinco minutos» y desaparecían, y los peores sádicos del Werkschutz hacían lo mismo. El 9 de enero, Willi Toppat (*) el encargado de los castigos de Neerfeldschule, azotó al padre Come por última vez. Mientras los Toppat, los Hassel y los Gerlach desaparecían campo adelante, las diferencias entre los *Ubermenschen* y los *Untermenschen* se hacían menos evidentes. Paul Ledoux y el sacerdote belga salieron de Neerfeldschule por un túnel. Se hicieron amigos de algunas familias alemanas, que no vacilaron en compartir su comida con los prisioneros (49).

El 8 de abril un miembro del directorio de Krupp decidió telefonear a Wolfgang Schleicher, director técnico de la antigua factoría de Jacob Mayer, en Bochum. Le contestó una voz con marcado acento yanqui. Aunque Bochum se hallaba diecisiete millas al *este* de Essen, ya que se encontraba en manos de los norteamericanos. Esa misma noche Alfried en la Colina, y Tubbesing en el vacío Hauptverwaltungsgebäude, no cesaban de echar nerviosos vistazos a los relojes, de vez en cuando. Algo parecido sucedía en Gran Bretaña cincuenta y cinco meses antes. El 4 de setiembre de 1940, Hitler hizo rugir de risa a la multitud que se congregaba en el Sportpalast cuando dijo chistosamente: «En Inglaterra les consume la curiosidad, y no cesan de preguntar "¿Por qué no viene?" ¡Calma, ya va! ¡Calma, ya va!» *(Beruhigt euch, er kommt!)* (50).

Ahora les tocaba a los *Herrenvolk* tener calma, ya que el enemigo se estaba acercando *allí*. En la noche del 9 de abril se informó que unas patrullas enemigas cruzaban el canal Rhein-Herne, límite norte del Gran Essen. Las avanzadillas se hallaban en Vogelheim y Dellwig al día siguiente, atestando Katenberg y el parque Kaiser Wilhelm con latas de conserva vacías, e instalando sus fusiles automáticos Browning y los morteros de 60 mm en Schonnebeck, Stoppenberg y Altenessen. En esos suburbios del norte, los Kruppianer y sus Hausfrauen observaban a los larguiruchos, sucios y barbados yanquis con cautela. Llegaban de un país, según dijo el Führer en Essen, «cuyo concepto de la vida está determinado por una mentalidad de tendero codicioso *(habgierigsten Krämergeist)* y que desdeñan las expresiones más altas del espíritu humano *(die höchsten Äusserungen des menschlichen Geistes)*, como la música» (51).

Fuesen cuales fueren sus defectos —y la anterior crítica sería repetida numerosas veces durante los veinte años siguientes por los intelectuales de toda Europa—, había algo que decir acerca de los barbudos infantes. Por ejemplo, habían llegado prevenidos. Durante tres siglos también ellos desarrollaron un carácter nacional, y una de las cualidades que compartían con sus enemigos era la pasión por la eficacia y la productividad. Por otra parte, sentían un afecto considerable por los desvalidos. Incluso

---

(*) El 18 de mayo de 1948, Willi, que había sido operario en el tren de laminación n.º 1 de la Gusstahlfabrik, describió con todo detalle la actuación de los encargados de los castigos en los campamentos de Krupp, ante el Tribunal de Nuremberg. En el banquillo, Alfried susurró: «Antes de este juicio, nunca supe las faltas e idioteces que mi gente era capaz de cometer».

antes de llegar al Ruhr habían oído rumores acerca de los trabajadores esclavos. Ahora, al comprobar que era cierto, se encolerizaban. Krupp había tenido razón. Si bien los norteamericanos eran la última nación civilizada que aboliera la esclavitud, sin embargo nunca comprenderían a los *KZ Lager*. En todos los aspectos reaccionaban airadamente. Los soldados obligaban a muchas dueñas de casas alemanas a entregar el contenido de sus despensas a los prisioneros liberados; y algunos oficiales hacían recorrer a ciertos Kruppianer los peores terrenos de los alrededores.

Durante el lapso transcurrido entre la liberación y el establecimiento de unos reglamentos benévolos (no había otra solución), los *Sklaven* vagaron en grupos de centenares, incluso de millares. Más tarde los alemanes relatarían anécdotas de asesinatos, violaciones y pillajes. Las represalias eran en cierto modo comprensibles. En cuanto a los sádicos, habían hecho bien en huir, y el general Taylor observó posteriormente en la *Columbia Law Review* que «aparte de las consideraciones relativas a la seguridad durante la ocupación, poca benevolencia hubiera podido esperarse hacia Krupp y otros personajes sospechosos de crímenes de guerra, de habérselos dejado en libertad». Essen, añadía, estaba atestada de obreros forzados. De haber quedado libres los nazis prominentes, «habrían sido el blanco —escribió— de actos de venganza privados, estimulando la violencia política en gran escala» (52).

Sólo la última frase se presta a dudas, ya que el ejército norteamericano habría reprimido cualquier levantamiento, y los emancipados esclavos eran incapaces de organizarse. Un puñado de ellos deambulaba por los montes, y allí se mantuvieron hasta julio, acosando a los alemanes que eran lo bastante imprudentes como para viajar solos. Pero los salteadores eran una excepción. Las amas de casa de Ruhr declararon generalmente que los casos de violencia fueron muy raros. En muchas ocasiones las mujeres de los Kruppianer, al ver que se acercaba una horda de desharrapados a sus casas, empuñaban un cuchillo, pues les habían dicho que el suicidio era preferible al *Rassenschande,* el coito con esclavos; luego descubrían que lo que los amenazadores extranjeros querían era agua o algunas latas de alimento.

La mayor parte de ellos deseaban volver a sus patrias, y sólo buscaban la forma de conseguirlo. En toda la comarca de Krupp sólo hubo un informe sobre pillaje. Durante el primer día de su liberación, una banda de ucranianos irrumpió en el Konsum-Anstalt de la firma, entre Altendorferstrasse y el Essener Hof, y vaciaron la sección de vinos. Al día siguiente estaban terriblemente borrachos. Los alemanes describen la escena con simpatía; en cambio se mostraron más disgustados con los soldados yanquis que les quitaron los relojes y las cámaras fotográficas. (Hoy los veteranos del Noveno Ejército confiesan que aquello fue un robo descarado. Esperaban encontrarse pronto con los rusos, y deseaban tener algo para intercambiar recuerdos de guerra con ellos.) (53).

La mayor parte de los prisioneros puestos en libertad, por otra parte, se hallaban demasiado débiles para pensar en vengarse del *Sklavenhalter* del castillo, de los policías de Krupp que les atormentaron, o para realizar cualquier otra clase de represalia. El padre Come había sido esclavo durante siete meses solamente, y sin embargo pesaba menos de cuarenta y cinco kilos. A pesar de los cuidados que le suministró la Cruz Roja belga, no pudo viajar hacia Smuid hasta el 4 de mayo, cinco semanas después de su liberación, y aun entonces en su propia parroquia no le reconocieron. A los rusos se les alimentaba en las cantinas militares, dejándolos en libertad hasta que los dos frentes se uniesen. Algunos oficiales aliados expresaron su temor de que, bien nutridos, los antiguos

A los Niermann, Elizabeth les dijo en voz baja: «Seguramente les traeremos provisiones».

La muchacha había hablado en alemán. El oficial oyó algo y le dijo que hablase más fuerte. Como ella comenzase a contestar en checo, él la interrumpió diciendo:

—*Wie sagt man das auf deutsch, bitte?*

Accediendo, Elizabeth habló en alemán, y el norteamericano la miró pensativo.

—*Gut! Sehr gut!* —dijo por fin—. *Das ist richtig* (Eso está bien). *So Sie sprechen deutsch.*

—*Jawoll* —repuso la muchacha, sonriendo; y también habló en inglés bastante bien.

El norteamericano sonrió asimismo y repuso:

—Bueno, tal vez podamos utilizarla como recepcionista.

—¿Recepcionista?

La palabra era nueva para Elizabeth. Su inglés no llegaba a tanto como eso.

El alemán tampoco era el idioma propio de ella, de modo que el capitán dijo en checo:

—*Urednik cekárnê-v prêdpokji* —y a continuación agregó—: Para recibir tal vez a la gente allí, en Villa Hügel.

Elizabeth le miró sin comprender.

—¿Qué es eso de Villa Hügel? —le preguntó.

24

Soy el dueño de esta propiedad

En la primera página del número correspondiente al 10 de abril, el *New York Times* publicaba a cuatro columnas un mapa del Ruhr rodeado por un cerco en el que aparecía una pequeña bandera norteamericana donde se leía: «9.º Ejército». Debajo de la bandera, tres flechas negras señalaban a Essen, pero aunque un corresponsal de la Associated Press informó haber estado dentro de la ciudad —y su descripción de los daños sufridos por la misma lo confirman—, la batalla aún no había concluido. «AVANCES LIMITADOS EN EL RUHR», informaba un sombrío titular. Eran muy limitados, en efecto. «¿Qué recurso le queda a un comandante derrotado? —preguntó el angustiado Model a sus oficiales—. En la antigüedad se envenenaban.» Model, por su parte, se disparó un tiro, con lo que millares de exhaustos soldados depusieron sus armas.

Pero en Werden, directamente frente a Essen, al otro lado del Ruhr, una abigarrada falange de miembros del *Volkssturm* (Guardia Nacional), que tenían casi setenta años, otros grupos de chiquillos de doce, granaderos *Volks*, tropas antiaéreas sin sus cañones del 88, dotaciones de tanques sin sus carros de asalto, pilotos de la Luftwaffe sin sus aviones, y osados paracaidistas, se instalaron para defender la orilla sur del Ruhr. Alfried no necesitaba del *Times* o de la AP para saber lo que estaba ocurriendo allí. Lo escuchaba perfectamente, ya que los proyectiles cruzaban el cielo por encima de Hügel, rugiendo como veloces locomotoras, y uno de los directores de Krupp rogó para sus adentros que ninguno de los proyectiles de los Long Tom les cayera encima (1).

Durante todo el día la temperatura había sido magnífica, y con tiempo de sobra por vez primera desde su infancia, el ocioso Konzarnherr salió a pasear por el parque de Villa Hügel, en un momento de calma bélica. Los jardines nunca estuvieron tan hermosos. Más allá del pórtico, el aire se hallaba impregnado con el aroma de las rosas. Llamativas matas de tulipanes moteaban el cuidado césped con sus colores escarlata, anaranjado, amarillo y rosado, y entre las escaleras del castillo y la primera fila de sequoias había innumerables setos y arbustos, en los que se apreciaban diversas tonalidades de verde. Un bosquecillo situado al oeste de la entrada tenía cinco metros de alto por unos treinta y cinco de largo; era casi una diminuta selva. Cuando Alfried se acercaba a la arboleda,

sus zapatos a medida se hundieron en el fresco césped, donde notó una proliferación de florecillas silvestres. Diminutas campánulas y margaritas habían crecido en la hierba, y sobre todas ellas una escuadrilla de mariposas revoloteaba zigzagueando, como Stukas sobre una carretera llena de enemigos.

El único propietario observó la escena bajo los tibios rayos del sol. Nada turbaba la serenidad del paisaje, en aquel momento de calma. Por la noche, y ante unos vasos de bebida, Alfried trató de describir aquellos detalles a sus directores. Las palabras no bastaban; quería que lo vieran ellos mismos. Y con los vasos en la mano, salieron desde el vestíbulo principal. Pero ya era demasiado tarde. Las mariposas se habían retirado a sus escondrijos; la magia había desaparecido. Una densa bruma ascendía del río y oscurecía el follaje del bosquecillo. Mientras paseaban, el duelo entre los obuses Krupp de Werden y los Amis 155 reanudóse con inusitada violencia. El decepcionado Konzernherr entró con sus directores en la mansión, ordenó a un criado que le preparase otra bebida, y para ahogar el estruendo de la artillería, pidió que pusieran la radio a todo volumen (2).

Era la hora de la emisión de la DNB. Cuando el sirviente de Alfried conectó obediente la radio, se oyó la resonante voz por todo el castillo: «*Hier spricht Hans Fritzsche!*» Pero ahora Fritzsche resultaba decepcionante. Había estado magnífico en los días de las grandes victorias de Hitler, cuando se mostraba grandilocuente, sarcástico, vociferante, fanfarrón e ingenioso. Ahora sus parrafadas eran más vulgares, con voz algo ronca anunció que el pastor protestante Niemöller, al ser liberado por los Aliados, dijo a sus libertadores: «Los alemanes no se adaptan a la democracia, y prefieren ser mandados». A esto siguió en la radio una serie de invectivas. Los plutócratas, demócratas, degenerados y bárbaros judíos estaban siendo contenidos en el Ruhrgebiert. Durante la primera semana del criminal ataque del presidente «Rosenfeld» contra Okinawa, los intrépidos aliados samurai del Führer habían destrozado 102 carros de asalto y liquidado a 3.600 agresores violadores (lo cual era un pobre consuelo para los alemanes, y más pobre aún para los japoneses que pudieran ver en sus mapas lo cerca que estaba Okinawa de Tokio. Luego la voz de Fritzsche se alzó llena de excitación. ¡Los traidores austríacos que habían entregado Viena a los rusos habían sido detenidos! ¡Y todos fueron ejecutados! Era una forma solapada de decir que Viena había caído, y con una perífrasis similar el locutor reveló que 80.000 soldados de la Wehrmacht se hallaban rodeados en Holanda por los canadienses, que diez de las bases de aparatos de propulsión a chorro del Führer habían saltado por los aires, que las fuerzas norteamericanas y británicas avanzaban velozmente hacia el Elba, y que los yanquis estaban a 114 millas de Berlín. Fritzsche concluyó con una nota sarcástica. Los ingenieros norteamericanos, al tender nuevos puentes sobre el Rhin, ¡se veían obligados a emplear el acero obtenido en las fábricas de Krupp! (3).

El locutor se despidió, y una ronca voz femenina comenzó a entonar la triste canción que para entonces se había convertido en el himno del Reich:

Vor der Kaserne,
vor dem grossen Tor,
Steht 'ne Laterne
und steht sie noch davor.

Dort wollen wir uns mal wiederseh'n,
Bei der Laterne wollen wir steh'n
Wie einst, Lilli Marlene
Wie einst...

Mediada la canción, Alfried se puso en pie y avanzó a grandes zancadas hacia el comedor. Resultaba demasiado humillante. El Friedrich-Alfred-Hütte, bautizado por su madre en memoria de su abuelo, ahora servía como *Waffenschmiede* del enemigo.

Los compañeros de Krupp, esa última noche, eran Karl Eberhardt, Eduard Houdremont, y Friedrich Wilhelm Hardach. Fritz Hardach no parecía hallarse en su ambiente. Con su voluminosa cabeza, espalda rígida y gafas relucientes, sin montura, tenía algo de aspecto de los que integraban el selecto círculo, pero llevaba en la firma menos de cuatro años, y ni siquiera pertenecía al partido. Sólo se hallaba allí debido a que Bertha, al saber que su casa había resultado derruida, se apiadó de él. Eberhadt y Houdremont pertenecían a otro mundo. Eran directores y poseían condecoraciones del Führer por su contribución con Krupp a la grandeza del Tercer Reich. Cuando el Konzernherr sugirió a sus invitados una partida de skat, a elevadas puestas, después del coñac, Hardach, obrando con prudencia, declinó el ofrecimiento (4).

Realmente hizo bien, pues Alfried nunca se mostró más hábil que entonces en el juego. Sentado ante la chimenea de mármol negro del salón del tercer piso, debajo de un óleo de Hitler, el Konzernherr ganó a sus directores partida tras partida. A la hora de retirarse, cuando los otros subían apesadumbrados las escaleras hacia sus habitaciones, situadas arriba, Krupp había ganado lo que para muchos otros hubiese representado una pequeña fortuna. Como de costumbre, ni su triunfo en el juego, ni el tronar de la artillería en el cielo, o la inminente caída de la ciudad, turbaron su sueño. En dos años de incursiones aéreas no había conocido una velada de insomnio, y esa noche durmióse más pronto que nunca (5).

Mientras Krupp dormía, un pelotón de infantes americanos avanzaba lentamente a través del bosquecillo, aplastando con sus pesadas botas las margaritas y campánulas. Eran exploradores, y su sargento había recibido la orden de averiguar si podía avanzarse por la orilla norte del Ruhr, en cuyo caso serían enviados refuerzos. Como el fuego del enemigo era muy nutrido y preciso, resolvieron retirarse. Al pasar por los jardines de Hügel, uno de ellos sostuvo una conversación en elemental alemán con un anciano cuidador que habitaba en uno de los edificios situados en los alrededores de la propiedad, y al cual habían despertado los últimos disparos de Werden. Previamente el soldado sintió curiosidad por la gran mansión que, a oscuras, divisaba a su izquierda. Oteando a través de la neblina, calculó rápidamente las dimensiones de la casa, y se dijo que nunca había visto un edificio, público o privado, de tal extensión. Preguntó qué era aquello, y el anciano se lo dijo. El soldado lo comunicó al sargento, y éste trasladó la noticia a su comandante. El oficial decidió que el asunto era demasiado importante para él, y ordenó que se informara directamente al cuartel general (6).

Seis millas hacia el norte, el teniente coronel Clarence M. Sagmoen y Louis Azrael, corresponsal de guerra del *News-Post*, de Baltimore, se hallaban sentados con el ceño fruncido ante un mapa. Aquél era el 313.° Regimiento de la División 79 de Estados Unidos. El coronel Ed van Bibber, oficial que mandaba el 313.°, había jurado que «no había un solo

Kraut en Essen». En consecuencia, el único problema era organizar la marcha hasta el lugar. La falta de resistencia hacía innecesarios los subterfugios. Emplearían las calles principales: Dortmunder Strasse, Gladbeckerstrasse, Altendorferstrasse y Alfredstrasse. Se informó que dos hoteles de la ciudad, el Essener Hof, y el Kaiser Hof, podrían servir para alojamiento del cuartel general.

Los planes del día siguiente se alteraron levemente cuando el sargento y dos de sus soldados llegaron para informar que habían visto el legendario castillo de Krupp. Sagmoen se puso en pie rápidamente. Rubio, con casi un metro noventa de estatura, llevó los soldados hasta el mapa y les preguntó si podrían trazar en él el camino que habían seguido. A pesar del terreno poco familiar y de la escasa visibilidad, las explicaciones fueron bastante claras. El sargento señaló con el índice por Alfredstrasse abajo hasta Frankenstrasse, y luego, atravesando una serie de callejas retorcidas, hasta llegar «a un parque más grande que el Central Park de Nueva York». (En realidad los terrenos de Villa Hügel eran más extensos, pues medían 4,6 millas cuadradas, contra 2,6 del Central Park.) El castillo no era mayor que Versalles, según manifestó el sargento, a pesar de lo cual la descripción de su mole impresionó al coronel Sagmoen. Dudó que estuviera fortificado, ya que todos los disparos del enemigo procedían del otro lado del río.

De todos modos, lo mejor era hacer una exhibición de fuerza, mostrar el poderío. Seis semanas en el Reich habían convencido al teniente coronel de que no había que andar con contemplaciones con sus habitantes. Niemöller tenía razón al decir que sus compatriotas querían ser dominados, y el mejor modo de saludar a herr Krupp era apuntarle con la boca de un arma de grueso calibre. El comandante del batallón se mostró de acuerdo con Sagmoen. Incluso le cedió a su ayudante, el capitán Benjamín G. Westerveld, que hablaba alemán, y a quien se ordenó que lo preparase todo. Westerweld eligió uno de los mejores *jeeps,* lo hizo limpiar a conciencia y atornilló una gran ametralladora detrás. Luego seleccionó al soldado con aspecto más feroz para que manejase el arma.

Nada de eso era el procedimiento ordinario. Los coroneles no se dedicaban a arrestar civiles, los ayudantes de aquéllos no servían como chóferes de *jeeps,* y la ametralladora usual para montar en uno de estos vehículos era la Browning de calibre 30, y no la de calibre 50 que se había instalado, y que estaba destinada a aviones y carros de asalto. Sin embargo, no existían precedentes acerca de una captura como la de Krupp. Louis Azrael lo sabía perfectamente. Se había encontrado con una especular crónica, y rogó que le dejaran ir. «Concedido», replicó el coronel Sagmoen, y le dijo que se presentara allí por la mañana. Claro está que Azrael tendría que ir sentado atrás, pero bueno, en ese mismo sitio también iría Krupp.

El Konzernherr dormía tranquilamente, las tropas del 313.° seguían empuñando sus armas, y Fritz Tubbesing se hallaba solo, con aire apesadumbrado (7). Tubbesing no era un cobarde. De constitución robusta, pelo hirsuto, dientes desiguales y dotado de una voz profunda y autoritaria, era tan temerario como los hombres que habían hecho de los ejércitos del kaiser y del Führer el terror de Europa. No obstante, se hallaba inquieto aquella noche. Sentado en una de las estancias más altas de la administración de Krupp, Tubbesing no veía a los soldados norteamericanos que se aproximaban cautelosamente por las callejas secundarias de Essen. El supervisor del edificio nunca había visto a un norteamericano, pero las descripciones que proporcionaba la DNB eran

alarmantes. No temía por él, pero le preocupaban su mujer y sus hijos. Desde hacía dos años habitaban en una casa desvencijada que se hallaba junto al cementerio donde yacían las víctimas del Sábado Santo, ya que Tubbesing carecía de los fondos necesarios para pagarse una casa en el campo.

Por su parte, el Hauptverwaltungsgebäude se había convertido en un lugar poco recomendable, que causaba pavor. Los daños producidos por los bombardeos originaban extraños ruidos en el edificio. Tubbesing no era un hombre imaginativo, a pesar de lo cual, entre los crujidos, chirridos y golpes de las puertas que cerraba el viento, al hombre le parecía oír rumores de cadenas que se arrastraban, lamentos espectrales, y de cuando en cuando, algún chillido sobrecogedor. Era casi como si los muertos de las tres guerras hubiesen vuelto para atormentar a la casa de Krupp.

De haber invadido los fantasmas su oficina, se habría enfrentado con ellos; pero parecían estar lejos, en algún ala abandonada del edificio, en un corredor oculto, en los sombríos sótanos. Las vibraciones extrañas eran inevitables, se dijo a sí mismo, para tranquilizarse; había grietas en las paredes, e intermitentes ráfagas de viento se filtraban transformando cada habitación en una caja de resonancia. «Sí, era eso», pensó; sólo una brisa primaveral, que alteraba sus nervios. *Pfui, schäme dich!* Luego una pesada cadena chirrió. Oyóse un lamento, de las desiertas salas del Werkschutz llegó un chirrido como si un punzón hubiese resbalado sobre una pizarra, y de nuevo Tubbesing se irguió, con los nervios de punta.

Fantasías aparte, el Hauptverwaltungsgebäude se había vuelto prácticamente inhabitable. A semejanza de su paralítico arquitecto, continuaba existiendo, pero ya no servía de nada, igual que Gustav. Ni un solo cristal quedaba intacto en las ventanas. Nada funcionaba, ni siquiera los picaportes. Y lo peor de todo era que el edificio emitía un hedor nauseabundo, insoportable. Tubbesing se sentía culpable de eso. Desde el otoño anterior, en que el único propietario le había encomendado la ingrata tarea de cuidar del edificio, se aplicó a trabajar incansablemente para reparar los daños producidos después de cada bombardeo. Había buscado toda solución concebible, y a pesar de todo reconoció que sus esfuerzos se habían frustrado; cada una de las placas de madera terciada que mandaba colocar en las ventanas, remplazando a los cristales, volaba en pedazos al siguiente bombardeo. La rotura de las cañerías había sido lo peor de todo, y lo mismo ocurría con los desagües. Desde hacía varios meses, los inodoros se hallaban repletos hasta el borde. Por los salones corrían regueros de aguas sucias. Le pareció que los demás Kruppianer le miraban con gesto de reproche, como si él fuera el responsable del *Terrorbomber.*

En enero tuvo algo parecido a una inspiración. El río Berne, recordó Tubbesing, había sido la fuente primitiva de energía para Alfried Krupp. Al erigir el edificio de la administración, Gustav desvió la corriente bajo tierra, pero los antiguos planos demostraban que el río aún seguía allí. Movilizando a sus hombres, Tubbesing construyó grandes tanques en el techo del edificio y los conectó con el río subterráneo. Se sincronizaron los relojes, se colocaron operarios ante las bombas, y al oírse un pistoletazo toda el agua del Berne que había sido bombeada hasta los tanques de las terrazas, se distribuyó por las cañerías del Hauptverwaltungsgebäude. En menos de un minuto los retretes de ambas alas del edificio funcionaron perfectamente. Desde una manzana de distancia, el ruido semejó al de las cataratas de Gasteiner Ache. Esa debió haber sido la hora más feliz del supervisor; en lugar de ello, fue la hora más triste.

Había creído que el agua del Berne era pura, y lo cierto es que estaba terriblemente contaminada. De un golpe había echado a perder el agua potable del edificio de la administración. Sus colegas le miraron más sombríamente que nunca. Herr Krupp hizo como que no se enteraba, pero Tubbesing observó que el chofer del Konzernherr llevaba a éste un botellón de agua todas las mañanas.

Ahora se habían marchado todos, y Tubbesing pensó en lo que podía estar ocurriendo a su familia. ¿Quién se enteraría si en ese momento iba a verlos? Nada le iba a pasar al gran edificio, a menos que llegasen los norteamericanos esa noche, y en tal caso, ¿qué podía hacer un solo hombre contra todo un ejército? En el fondo deseó que se presentaran y que tuvieran que usar los calamitosos retretes. El pensamiento le divirtió y aumentó su resolución. Echó atrás su silla y salió hacia su casa. Las calles estaban muy silenciosas, pero tenía la seguridad de que le observaban. Por fin llegó a su hogar, y en el sótano encontró a todos los Tubbesing, durmiendo indemnes.

A las siete de la mañana, Tubbesing se hallaba de vuelta en su despacho (8). Al levantar la mirada vio a dos de sus ayudantes en una oficina situada al otro lado de un pasillo. Veinte minutos más tarde echó un vistazo por la ventana y observó, entre la neblina matinal, dos filas de soldados con casco que marchaban por Altendorferstrasse, una columna a cada lado de la calle, mientras que en medio, por la calzada, avanzaban camiones, *jeeps,* tanques y coches de comando, con grandes estrellas blancas pintadas en la carrocería. En el fondo, Tubbesing esperaba una repetición de lo ocurrido en 1923. Pero entonces los franceses sólo enviaron una reducida fuerza. Estas columnas, en cambio, se extendían a todo lo que alcanzaba la vista; parecían interminables. Cuando los primeros soldados se acercaron más, Tubbesing quedó admirado de su juventud, de su aspecto físico y de la calidad de su equipo. Para un alemán parecían escasamente disciplinados, pero en ello había algo de vivacidad. No alcanzaba a recordar cuándo había visto semejante dinamismo en los soldados de la Wehrmacht.

En un absurdo impulso, decidió que Fritz Tubbesing debía recibir a los conquistadores de Essen, y colocándose su chaqueta (y maldiciendo interiormente a las tuberías, que hacían imposible un sencillo lavado) corrió escaleras abajo hasta la entrada, donde descubrió que la División 79 no estaba para ceremonias de recepción. Antes de que pudiera dar la bienvenida a nadie, un *jeep* frenó ante él, descendió rápidamente un oficial y le colocó un fusil ametrallador en la espalda. La amenaza era preventiva. Los tropas entraron en los edificios vacíos, usando a Fritz como escudo, por si había algún tirador oculto. Satisfecho, el oficial terminó su inspección ante la puerta principal y se marchó en su vehículo. Minutos más tarde llegó un segundo *jeep* dominado por una enorme ametralladora del 50 que manejaba un soldado de aspecto patibulario. Sin detenerse, un teniente coronel rubio que iba delante preguntó: «*Wo ist Herr Krupp?*» Casi sin pensarlo, Tubbesing repuso: «*Auf dem kruppschen Hügel Schloss*», tras lo cual en conductor partió como una centella.

En otras circunstancias, el supervisor hubiera pensado mejor sus palabras, pero no tuvo tiempo ahora de medir las consecuencias. Después los *jeeps* fueron llegando con regularidad. De uno de ellos descendieron dos militares impecablemente uniformados, quienes explicaron que eran oficiales del servicio de Inteligencia. Le pidieron que tuviera la amabilidad de conducirles al despacho de Krupp. Así lo hizo Tubbesing. Allí, tras un inútil preámbulo, ya que los dos norteamericanos se pelearon por la pose-

sión del modelo a escala de un obús, trataron de abrir los cajones del escritorio de Alfried. «*Schlüssel?*», preguntó a Tubbesing uno de ellos. El supervisor movió negativamente la cabeza; no tenía las llaves. El otro se encogió de hombros, extrajo de su funda una pistola del 45, y comenzó a disparar sobre los cajones. Tubbesing no disimulaba su espanto. No se podía disparar de ese modo contra los muebles del Unico Propietario. Al mismo tiempo, se le ocurrió pensar que sus ayudantes, en la otra oficina, podían creer que los norteamericanos estaban disparando contra él. Para animarles se acercó a la ventana e hizo algunos ademanes. Los otros parecieron sentirse aliviados, si bien los gestos estuvieron a punto de costar la vida a Tubbesing, pues creyendo que estaba haciendo alguna señal sospechosa, el primer oficial alzó su pistola y le apuntó a la cabeza.

El supervisor tartamudeó una explicación, y la amenazadora arma dejó de apuntarle. De pronto Tubbesing se vio como espectador de una insólita escena. El despacho fue invadido por una veintena de militares. Algunos disparaban para abrir los archivos cerrados, otros requisaban máquinas de escribir, un tercer grupo extraía las fotografías de nazis prominentes de sus marcos. En fin, todo lo que se hallaba a la vista parecía ser un recuerdo de guerra para ellos (9). Pero un cuarto grupo se dispuso a interrogar a Tubbesing. Hablando impulsivamente, éste describió los detalles más intrincados de la fabricación de cañones, la historia de la Casa, las visitas que hacía allí el Führer, y las relaciones personales de Krupp con Goering, Goebbels y Bormann. (Más tarde se dio cuenta de que uno de los interrogadores parecía estar sosteniendo un micrófono. Todo lo que dijo había sido grabado.) A continuación un soldado le volvió a apuntar con una ametralladora. Una vez más se le ordenó que encabezara un recorrido por todo el edificio, si bien los soldados, ante el alivio de Tubbesing, no se interesaron por los sótanos. Por el momento, al menos, no habría delicadas preguntas acerca de las cajas de caudales que habían allí abajo.

En el apogeo de este desbarajuste, el supervisor sintió que le tiraban de una manga. Al darse vuelta, se encontró frente al Finanzdirektor Johannes Schröder. Este se llevó un índice a los labios, y Tubbesing reprimió un sobresalto. El superior de Tubbesing se hallaba igualmente a salvo, y éste pensó que en la confusión, tal vez el propio Alfried pudiera entrar en el Hauptverwaltungsgebäude sin ser molestado. El supervisor se dijo que el Finanzdirektor de la firma se hallaba allí para hacer una especie de inventario, tal vez, y se sintió apesadumbrado, ya que las máquinas de escribir desaparecían a un ritmo alarmante. Pero en lugar de ello, el otro le susurró una orden. A la una en punto Tubbesing debía escabullirse, y tras encaminarse a casa del doctor Janssen, en Tirpitzstrasse, suministrar un amplio informe sobre los sucesos del día al directorio. Tubbesing sintió un impulso de orgullo, ante la firmeza de la antigua *Haus*. Era increíble que aquel día, justamente, la junta fuera a celebrar una reunión de negocios.

Si bien se llevó a cabo la sesión, no se logró demasiado en ella. El sillón de la cabecera de la mesa estaba vacío, y las instrucciones que les dio Alfried por teléfono no les valieron de mucho. En Berlín, les recordó: «Las autoridades siguen aún manejando el timón, y debemos escucharlas» *(Die Behörden sind noch am Ruder, und wir müssen ihnen noch gehorchen)* (10). Tubbesing hizo saber al directorio que los norteamericanos dominaban por completo el edificio de la administración. Habiendo sido amenazado en dos ocasiones por una metralleta, y una vez por una pistola del 45, indicó que la desobediencia a estas otras autoridades resultaría muy poco aconsejable. Cualquier muestra de resistencia podía signi-

ficar la muerte de otro alemán más. El directorio estuvo de acuerdo, e incluso le ordenaron que evitase cualquier peligro, entregando las llaves que tuviese, si se las pedían.

Durante la ausencia de Tubbesing las llaves habían resultado totalmente innecesarias. Confirmando sus temores, los soldados habían explorado los sótanos, los ingenieros se llevaron las cajas de caudales mediante pequeñas grúas, y luego los equipos de demolición procedieron a abrirlas mediante cargas explosivas. Mientras tanto surgió un nuevo problema. El Noveno Ejército tenía en su poder el centro de Essen desde hacía menos de ocho horas y a pesar de eso, Tubbesing descubrió que sus propios compatriotas habían instalado ya unos cincuenta depósitos en los alrededores de la asolada Gusstahlfabrik y se dedicaban a reunir chatarra para venderla a quien la quisiera. Indignado, el supervisor, se dirigió al cuartel general norteamericano en el Essener Hof, y rogó al coronel que hicieran algo para detener aquel saqueo, ya que la fábrica de acero colado era una propiedad privada, y las pertenencias del dueño estaban siendo cambalacheadas a plena luz del día.

Mientras tanto, en el edificio de la administración central, los victoriosos soldados seguían desmontando aparatos, trofeos y retratos de estadistas. Al recordarlo, Tubbesing preguntó con mucho tacto si los americanos eran aficionados al pillaje. El coronel replicó fríamente que eso no ocurriría. Iba a colocar policías militares en todo el edificio, y nadie, ni Tubbesing, podría entrar. En cuanto a guardar lo que quedaba en las ochenta fábricas de la ciudad, eso llevaría algo más de tiempo, pero había una solución obvia. ¿No tenía la empresa una policía privada? El ex supervisor asintió, asegurando que eran muy competentes. «Entonces, empléenla», dijo el coronel, y le despidió. Así se produjo la primera ironía de la ocupación: mientras todos los organismos de Krupp se desintegraban, la única institución que perduraba —en realidad hubo que reclutar nuevos agentes—, era el siniestro Werkschutz (11).

Fue al teniente coronel Sagmoen, desde luego, a quien Tubbesing había dicho que el Konzernherr se hallaba en el castillo. El capitán llegó conduciendo el armado *jeep*, mientras el corresponsal de guerra Azrael iba encogido debajo de la amenazante ametralladora. Detrás de ellos, en otro *jeep*, cinco soldados más del 313.° empuñaban armas automáticas. La detención de los integrantes de la lista aliada de criminales de guerra no se tomaba a la ligera. Para los enemigos del Reich esos eran los responsables de la guerra. Por entonces, debe recordarse, el nombre de Krupp resultaba simbólico, antes que otra cosa. Ninguno de los hombres que ascendían en sus vehículos por la media milla de camino flanqueado de coníferas que llevaba hasta Villa Hügel podía distinguir entre Gustav y Alfried, y todos creían que la familia pertenecía a la aristocracia titulada de Alemania. Algunos hasta se hallaban convencidos de que la tenaz resistencia de Werden se debía al fanatismo de los nazis para defender al «barón Krupp». Ante semejante absurdo, la designación de una pequeña fuerza de choque resultaba comprensible.

También en el castillo hubo malentendidos. Alfried habló varias veces por teléfono. Estaba al corriente de la situación que reinaba en la ciudad y esperaba invitados desde el amanecer. Pero cuando llegaron, aún no estaba dispuesto. Le pareció una cuestión de prestigio que un alemán de su categoría se presentara en seguida, de modo que hizo esperar a los norteamericanos. Karl Dohrmann pensó que honraría a los conquistadores colocándose su librea más lujosa, pero los soldados le miraron simplemente como el lacayo de un potentado, e interpretaron sus altivos

modales como una despectiva condescendencia (lo que en parte era así). Además, los ciento veinticinco servidores de Villa Hügel se congregaron en la entrada. En las grandes casas de Europa ésta es una forma de saludar al propietario. Pero los soldados de los dos *jeeps*, por el contrario, sólo vieron un grupo de alemanes amenazadores, y se hallaban recelosos ya antes de que los vehículos frenasen. Por tal razón, la detención de Alfried fue relatada por una serie de personas que se hallaban en un estado de gran tensión emocional, que interpretó mal los motivos de la otra parte, y que en la mayoría de los casos aumentaron su confusión debido a la barrera del lenguaje.

El teniente coronel Sagmoen disolvió el grupo de criados de forma expeditiva. Cuando el capitán Westerveld detuvo el vehículo, Sagmoen saltó pistola en mano y avanzó hacia los sirvientes. Estos se esfumaron en seguida. Al entrar en el vestíbulo con Westerweld y Azrael pisándole los talones, el coronel se encontró frente a la espléndida figura de Dohrmann. Un mayordomo que había recibido al Kaiser, al Führer y al Duce, no podía sentirse intimidado por unos Ausländer, que, por lo que podía verse, tenían el aspecto de matones escapados de una película de pistoleros. Ante su asombro, el oficial le habló en alemán —Sagmoen se expresaba en ese idioma—, y pronto intercambiaron una rápida sucesión de ladridos:

—*Wer is hier zu Hause?* (¿Quién vive aquí?).

—*Mein Herr, Diplomingenieur Alfried Krupp von Bohlen und Halbach.*

—*Wo ist Krupp?*

—*Oben* (arriba).

—*Holen Sie ihn sofort' runter* (tráigale inmediatamente).

—*Meine Herren, Herr Krupp erwartet Sie; darf ich Sie bitten, näher zu treten* (Señores, herr Krupp les está esperando. ¿Tienen la bondad de pasar?) (12).

El tono de Dohrmann resultaba excesivamente cortés. Era precisamente la actitud que un mayordomo emplea con un tendero, no con un coronel. Sagmoen comprendió la indirecta, pero se hizo el desentendido. Despreocupadamente empezó a pasear por el salón en compañía del capitán y el corresponsal, examinando los cuadros, la colección de modelos a escala de cañones, los jarrones y los libros que había en la vecina biblioteca (varios miles de volúmenes, la mayor parte de ellos acerca de temas políticos). Transcurrieron diez minutos. El coronel volvió al vestíbulo y miró hacia la escalera de roble tallado. Dohrmann se encontraba allí, erguido como un centinela. De nuevo le preguntó: «*Wo ist er?*», y el criado repuso que Krupp bajaría en seguida. No ocurrió así, y los diez minutos se convirtieron en quince, luego en veinte, y Sagmoen, iracundo, dijo a su ayudante: «Voy a ver lo que le retiene».

Haciendo a un lado al mayordomo, el coronel subió los escalones de dos en dos. Según relata Azrael, «al cabo de un momento le seguí. Parecía que Sagmoen había mirado en diversas estancias del segundo piso, a la izquierda de la escalera (según recuerdo). Cuando yo llegué allí, entraba en la habitación del centro, y al seguirle, vi a Krupp, un hombre alto, delgado, impecablemente vestido, haciéndose el nudo de la corbata delante de un espejo» (13).

Alfried vestía un traje rayado, de hombre de negocios; en la mesa que había junto a él se hallaba un sombrero de fieltro negro. Mientras Krupp seguía frente al espejo, él y el coronel intercambiaron otra andanada, si bien esta vez fue Alfried el primero en hablar:

—*Ich bin der Inhaber dieses Gutes; was wünchen Sie?* (Soy el dueño de esta propiedad; ¿qué quieren ustedes?»

—*Sind Sie Krupp?* (¿Es usted Krupp?)
—*Ja, ich bin Krupp von Bohlen.*
—*Sie sind verhaftet!* (¡Queda usted arrestado!) (14).
Lo que ocurrió después es tema de controversias. Según Azrael, «el teniente coronel le ordenó que le siguiera. Los dos descendieron la escalera, y mientras el criado seguía inmóvil, con expresión turbada, Krupp se colocó en el asiento trasero del *jeep*. Yo me senté junto a él, y el oficial lo hizo delante». Sonriendo levemente, Alfried comentó más tarde: «Fueron unos momentos asombrosos». La versión de Dohrmann fue más dramática. Antes de la aparición de su herr, según recordó posteriormente, muchos soldados entraron en los salones del castillo, y abrieron las puertas con violencia; conservaba una vívida imagen del que capturó a Alfried, el cual le sacó de allí «*mit einen brutalen Polizeigriff*» (aferrándole brutalmente, como un policía). Sin embargo, aquella mañana ningún soldado raso entró en Hügel, y es improbable que un oficial superior hubiese humillado a un prisionero que en todos los aspectos se comportaba con dignidad.
El relato del mayordomo bien pudo resultar afectado por el ambiente que reinaba en la Colina esa mañana. El centenar largo de servidores reunidos en el parque de Hügel se hallaba atónito. Para ellos, ver que se llevaban detenido al dueño de la casa era tan asombroso como lo hubiera sido para los habitantes del Führerbunker contemplar el arresto del propio Hitler. Uno de los criados salió corriendo con un bolso que contenía comida. Era demasiado tarde, el *jeep* que iba en cabeza ya había arrancado. Mientras el vehículo pasaba ante las filas de criados, Azrael les oyó murmurar «¡Krupp, Krupp, Krupp!» Era algo así como un cántico, una plegaria, un ahogado *Sieg Heil* (15).
El ametrallador iba erguido, tan inmóvil como una de las grandes estatuas de Krupp, y Alfried, al comprobar que el corresponsal de guerra era un civil, le habló en inglés. Durante el largo viaje hasta el cuartel general del regimiento —situado ya entre Essen y Düsseldorf—, sostuvieron lo que el periodista llamó luego «una prolongada charla». El prisionero «insistió en que realmente no tenía nada que ver con la guerra. Era sencillamente un fabricante que recibía pedidos, y los suministraba. Ni siquiera obtuvo grandes beneficios con su trabajo para el Gobierno, ya que le fijaban los precios» (16).
Sagmoen, orgulloso de su captura, condujo a Krupp directamente hasta el puesto de mando del 313.° Regimiento. Cuando entraban, el corresponsal oyó gritar a Sagmoen: «¡Coronel, aquí traigo a Krupp! ¿Quiere hablar con él?» Van Bibber, sin afeitar, escupió y repuso: «no quiero ver a ese hijo de perra. Llévele a una celda de la prisión» (17). A pesar del desencanto de su inmediato subordinado, la decisión de Van Bibber era seguramente correcta. En Villa Hügel, Alfried se había sentido con derecho a hacer esperar a los que iban a detenerle. Pero allí, el oficial principal consideraba inadecuado tratar directamente con él. La cárcel de prisioneros de guerra, sin embargo, no era el lugar apropiado para un presunto criminal de guerra. Los civiles no debían ir junto con los miembros de la Wehrmacht; los especialistas del servicio de Inteligencia eran los que tenían prioridad sobre los civiles.
El primer interrogatorio que hicieron a Alfried tuvo lugar esa misma tarde en la cocina de un estropeado apartamento del Ruhr. Krupp accedió a dialogar en inglés, y un oficial le preguntó:
—¿Por qué no abandonó usted el Ruhr? (18).
Alfried encogióse de hombros y repuso:
—Quería permanecer en la fábrica, donde debo estar, junto con mis compañeros de trabajo.

—¿Es usted nazi?

—Soy alemán.

—¿Es usted miembro del partido nazi?

—Bueno, sí, pero la mayor parte de los alemanes lo son (*).

—¿Cuál es su sueldo actual?

Evidentemente desconcertado, Alfried inquirió:

—¿Debo contestar a eso?

—Sí —repuso secamente el oficial.

Extrayendo una pitillera de plata, Krupp sacó un Camel, dio con él unos golpecitos, pensativamente, lo encendió —nadie le había ofrecido una cerilla—, y repuso:

—Cuatrocientos mil marcos al año (*).

—¿Cree usted que Alemania aún va a ganar la guerra?

Habiendo liquidado cerca de doscientos millones de RM en bonos del Reich, Alfried observó en silencio a su interlocutor, y luego dijo llanamente:

—No lo sé. La política no es asunto mío. Mi negocio es fabricar acero.

—¿Cuáles son sus planes para después de la contienda?

—Espero reconstruir las fábricas e iniciar de nuevo la producción.

Los interrogadores se miraron significativamente, deduciendo que se refería a la fabricación de armas, y le mandaron marcharse. Luego se dedicaron a fotografiar las armas sin terminar que hallaron en la Gusstahlfabrik: dos tubos de cañones *Schwerer Gustav*, réplicas de los que se habían empleado en Sebastopol, y los chasis de los nuevos tanques de 177 toneladas (*Maus*). La sesión no resultó satisfactoria para los interrogadores, y aún harían más preguntas. Alfried, en cambio, creyó que con aquello terminaba todo. Cuando le llevaron a Villa Hügel y le dijeron que debía permanecer en la *Kleine Haus* bajo «arresto domiciliario», imaginó que la detención sólo duraría unos pocos días. Eso le parecía razonable. Los Aliados, después de todo, habían derrotado a la Wehrmacht. A un amigo que le visitó entonces, le recordó filosóficamente que cuando a Hindenburg le preguntaron si él o Ludendorff habían ganado la batalla de Tannenberg, el mariscal repuso: «No lo sé, pero si la hubiésemos perdido, me hubiesen recordado como el vencido». Como único propietario del yunque de Führer, esperaba compartir como su padre lo había hecho, la degradación de la derrota (19).

Poco a poco se fue dando cuenta de la realidad. Conforme pasaban los días, las medidas de seguridad se hacían más estrictas en la casa pequeña. Ya no se permitió a los corresponsales que le entrevistasen, y a falta de informes comenzaron a imprimir rumores en los periódicos de todo el mundo. «CASA DE 800 HABITACIONES SAQUEADA POR TROPAS NORTEAMERICANAS», decía un titular en el número del 16 de abril del *New York Times;* por su parte, *Times* escribió: «Villa Hügel, propiedad de altos muros y cárcel del poderoso y enigmático Alfred [sic] von Bohlen und Halbach». La Associated Press informó que le habían recluido en la cabaña de un jardinero de Hügel, y el *London Sunday Express* declaró a sus lectores que las tropas norteamericanas hablaban

(*) La mayor parte de los alemanes no lo eran. De 79.529.957, sólo 5.000.000 (el 6 por 100) eran miembros del Partido Nacional Socialista, y 1.040.520 (1,3 por 100) pertenecían a la jefatura del partido. (Registro de Nuremberg, **Nazi Conspiracy and Aggression**, gráfico 14, 693261 0-47 VIII).

(**) Al cambio oficial de anteguerra, unos 160.000 dólares. Pero esta cifra era inexacta. La pregunta revelaba la ignorancia del interrogador. Alfried había vacilado porque no trabajaba por un «sueldo». Como único propietario, le pertenecía todo. El 11 de abril de 1945, no tenía idea de lo que podían valer sus posesiones.

de Krupp como del «Pequeño Alfie». En realidad los soldados no le llamaban de ningún modo, porque no sabían dónde estaba.

El 21 de mayo sacaron a Alfried del castillo con una fuerte escolta. Un mes después el *Times* descubrió que Krupp se hallaba en manos inglesas, y en la noche del 13 de agosto, la BBC anunció que había sido llevado a un «destino desconocido». Ese lugar era Recklinghausen, donde los demás Schlotbarone le eligieron como jefe. En un comunicado posterior, le describieron como «un internado del ejército británico en el Rhin». Lo cierto es que estaba bajo detención formal, como presunto criminal de guerra, desde el día de la emisión de la BBC. La fecha es significativa; Gustav no fue encausado por los Aliados hasta el 30 de agosto, y la acusación en esos momentos no se hallaba al corriente de su estado senil. Sin embargo, dos semanas antes, los ingleses convinieron en que fuese cual fuere el resultado del caso del padre, había suficientes pruebas como para condenar al hijo (20).

Alfried no podía creerlo. Ya había comentado con sus abogados que le perseguían debido a la reputación de la dinastía. Tres veranos más tarde, durante su proceso celebrado en Nuremberg, afirmó: «Cuando en 1943 me convertí en el propietario responsable del nombre y la tradición de Krupp, poco podía yo imaginar que este legado me llevaría un día hasta el banquillo de los acusados... Y sin embargo, el nombre de Krupp se hallaba en la lista de criminales de guerra mucho antes del fin de la contienda, no debido a los cargos que la acusación acumula contra nosotros ahora, sino por un idea que es tan antigua como falsa: Krupp quería la guerra, y Krupp hizo la guerra». Al pasar por alto los saqueos de la firma en Europa y la considerable documentación relativa a los crímenes cometidos con los trabajadores esclavos, deseaba convencer a los que estaban fuera de la sala del tribunal, y a los negociantes de las naciones aliadas, de que había sido condenado por una mera circunstancia de nacimiento (21).

En una ocasión un guardia germanoamericano le preguntó de qué forma deseaba que le llamaran: herr Alfried, herr Von Bohlen, o herr Krupp von Bohlen und Halbach. El Konzernherr replicó secamente: «*Nennen Sie mich Krupp. Wegen dieses Namens bin ich hier. Diese Zelle ist mein Anteil an dem grossen Krupp-Erbe*» (Llámenme Krupp. Estoy aquí debido a ese nombre. Esta celda es una parte de la gran herencia de Krupp) (22).

El encarcelamiento de Krupp fue un hecho especialmente abrumador para el mayordomo de Villa Hügel, y tal vez le convirtiera en uno de los primeros antiamericanos de la posguerra, en Europa. Todo lo que advertía en las jornadas que siguieron inmediatamente a la detención de Alfried parecía confirmar en él semejante idea. Alcanzaba a comprender que los soldados se alojasen en el cuerpo principal del castillo; hasta podía ver con indulgencia cómo los militares iban consumiendo la mitad de la bodega familiar, ya que él mismo había estado en el frente, durante la Primera Guerra Mundial. Pero lo que encontraba inexcusable eran los modales de los soldados. Más tarde, cuando las tropas se marcharon y uno de los criados señaló que el comportamiento de las fuerzas norteamericanas de ocupación había sido intachable, Dohrmann repuso: «Desde luego. Son alemanes. Cruzaron el mar cuando eran pequeños; pero la sangre llama» (23).

No, no eran alemanes. Se hallaban en Europa por vez primera, y la sangre es muda. Lo que el mayordomo no llegó a comprender era que si durante la paz los soldados se pueden permitir cortesías, e incluso les

ordenan que actúen así, las tropas en acción son irrespetuosas por necesidad. Tras la marcha de los dos *jeeps* del coronel Sagmoen, siguió una invasión de soldados de botas embarradas y lenguaje obsceno que irrumpieron en los salones rayando los lujosos muebles con su equipo, y que ascendieron luego por la escalera de caracol hasta la gran claraboya situada en el techo de Villa Hügel. Se habían dado cuenta de que aquello podía servir como excelente puesto de observación para la División 79. Temían ser desalojados de su posición de un momento a otro. Conforme fueron pasando los días, sin que recibieran un solo disparo desde el otro lado del río, su confianza creció, y hasta llegaron a extrañarse. O bien en Werden consideraban a Villa Hügel como una reliquia, o el enemigo se había quedado sin municiones.

A pesar de la intensidad del fuego que partía desde el techo de Villa Hügel, la ofensiva norteamericana decreció en intensidad. Durante seis días las patrullas trataron de cruzar el río, pero fueron rechazadas. El 17 de abril, el castillo recibió la primera visita de un general norteamericano. El general de división Matthew B. Ridgway, comandante del XVIII Cuerpo Aerotransportado, se presentó en la Colina. Acababa de cumplir los cincuenta años, y la situación en el lado opuesto del Ruhr se había confabulado para amargarle el festejo. Con un puñado de granadas de mano colgando del cinturón, Ridgway trepó hasta la claraboya, observó la orilla opuesta, que estaba cubierta de boscaje, y tras descender inquirió si alguno de los alemanes presentes hablaba inglés. Fritz Hardach dio un paso adelante. Hügel había cambiado de manos, y el estruendo de los disparos era cada vez más intenso, pero Hardach seguía apegado a su habitación de huésped situada en el cuarto piso. El comportamiento de los soldados norteamericanos no le afectaba en absoluto. Pero tenía la sensación de que la orden de Eisenhower de no confraternizar con los antiguos enemigos impedía el trato con los yanquis, y por eso le sorprendió la petición de Ridgway (24).

El general no sólo quería hablar, sino que hasta se mostró amable. Preguntó al lugarteniente de Krupp qué objeto tenía seguir con aquel derramamiento de sangre. Dos días antes había enviado un ayudante al cuartel general de Model, con bandera blanca, para advertir que la situación nazi era insostenible. Citando la decisión de Robert E. Lee en Appomattox, ochenta años antes, Ridgway escribió: «La misma elección les cabe ahora a ustedes. A la luz del honor del soldado, por la reputación del Cuerpo de Oficiales alemán, en bien del futuro de su nación, depongan las armas en seguida. Las vidas alemanas que pueden salvar son muy necesarias para devolver al pueblo de ustedes al lugar que les corresponde en la sociedad».

Un miembro de la oficialidad de Model repuso verbalmente que el Offizierskorps, ligado por un juramento al Führer, nunca podía alentar una idea de traición semejante. El general norteamericano preguntó entonces a Hardach: «¿Por qué los civiles que hay allí no se sublevan contra esos locos?» Eligiendo las palabras con todo cuidado, Fritz hizo notar que durante casi una semana Estados Unidos habían estado tratando de establecer una cabecera de puente en la orilla sur del río. Si Estados Unidos no podían desalojar de allí a esos locos, ¿cómo podía hacerlo la gente de Werden? Ridgway quedóse un momento en silencio. Al cabo de unos instantes manifestó: «Comprendo» (25).

Sintiéndose inquieto, el general pidió que le enseñara el castillo. Hardach le mostró la gran mansión en su totalidad: el apartamento privado del kaiser, el escritorio donde Bertha y Gustav habían trabajado, el despacho tapizado de cuero empleado por Alfried, la mesa de comedor para

sesenta y cinco invitados, los murales del tío Félix, los tres tapices *Liebschaft der Venus mit Adonis*, tejidos por Van den Hecke en 1709, el Salón Chino, la Gruta, la piscina interior, los cuadros de tamaño natural de los Krupp y de los kaiser —el de Hitler había sido retirado discretamente—, y el pasadizo secreto que llevaba hasta el Kruppbunker. Cuando estaban de nuevo en el salón principal, el general vio a un soldado norteamericano practicando golf con uno de esos palos. «¿De dónde ha sacado eso?», le preguntó. El soldado señaló hacia un armario empotrado. Hardach manifestó que pertenecían a Gustav, y Ridgway, que entonces ignoraba que un tren de carga de 137 vagones había entrado en el Reich tiempo atrás con 4.174 cajones de obras de arte francesas para embellecer los hogares de los que lucían la insignia del partido, dijo firmemente: «Déjelo en su sitio». Luego el general mandó llamar a un teniente y declaró: «Este lugar es una especie de museo. Quiero que todo quede tal como está. Las futuras generaciones deben contemplar lo que yo he visto» (26).

El hecho de que los futuros jefes de Estado fueron recibidos allí mismo por el actual Krupp, con otro gobernante alemán a su lado y los Kruppianer reunidos en el exterior cantando *Deutschland über Alles*, resultaba una idea descabellada en aquella primavera. Por ahora, los locos del otro lado del río se hacían sentir de nuevo. De momento Ridgway ordenó que el castillo siguiese como puesto de observación, «lo que significaba —según declaró Fritz más tarde—, que los proyectiles seguirían zumbando sobre nuestras cabezas». El primero de mayo hubo un vestigio de esperanza. Las radios de Essen y Werden recibieron una intensa señal emitida desde Hamburgo. Primero se oyó la Séptima Sinfonía de Bruckner, ejecutada en son de duelo; luego escuchóse un prolongado redoble de tambores, y a continuación la voz profunda y emocionada de un locutor anunció: «En su cuartel general de operaciones, nuestro Führer, luchando hasta el último aliento contra los bolcheviques *(bis zum letzten Atemzug gegen den Bolschewismus kämpfend)*, murió por Alemania esta tarde en la cancillería del Reich. El 30 de abril el Führer nombró al gran almirante Dönitz como sucesor suyo. El gran almirante, sucesor del Führer, habla ahora al pueblo alemán» (27).

Así se creaba la Lex Dönitz, y su beneficiario no tenía más que un solo recurso: la capitulación inmediata. Pero en aquel extraño país se habían oscurecido muchas verdades durante doce años, y el almirante, con su nación rota en fragmentos, asombró al mundo declarando que se aprestaba a luchar sin tregua contra los rusos: «Mientras continuemos defendiéndonos contra vosotros y luchando contra vosotros, los norteamericanos no lucharán por ellos, sino sólo contra la expansión del bolchevismo en Europa» (28).

Estas palabras complacieron extremadamente al fanático ejército de extremistas situado al otro lado del Ruhr, y a pesar de las explicaciones angloamericanas de que una paz por separado en esos momentos significaría traicionar a cada uno de los miembros de las nuevas Naciones Unidas, los alemanes siguieron alentando sus esperanzas hasta la noche del 6 al 7 de mayo. A medianoche se produjo un repentino período de calma en la margen sur del río. Hasta los defensores había llegado el rumor de la inminente rendición del Reich. Los Volkstürmers y paracaidistas situados allí ya lo sabían. Menos de tres horas más tarde, el general Alfred Jodl y el almirante Hans von Friedeburg firmaron el documento en una pequeña escuela de fachada roja de Reims.

Al depositar su pluma sobre la mesa, Jodl manifestó: «En este momento sólo puedo expresar la esperanza de que los vencedores nos traten

generosamente» *(dass der Sieger uns mit Grossmut behandeln wird)* (29). En el Este tal esperanza no se vio confirmada. Aunque se proclamó el día de la victoria el 8 de mayo, el Ejército Rojo siguió exterminando *Volks* hasta que se anunció el alto el fuego oficial a las doce de la noche del 9 de mayo. Y ya en las horas finales de lucha, cuando sus aliados habían silenciado sus armas, los soviéticos capturaron Dresde, la arrasada capital de Sajonia.

Para entonces el ruido de la batalla se había desvanecido del desvastado Ruhrgebiet. Ya no se oían disparos desde Werden. Pequeñas embarcaciones cruzaban en todos los sentidos Baldeney See, algo más abajo de Villa Hügel, transportando alimentos y medicinas, y el general de división Ernst N. Harmon, del XXII Cuerpo de Ejército de EE. UU., eligió la propiedad del Konzernherr como alojamiento provisional. Los elementos de protección que Alfried había ordenado colocar contra la gran fachada de Villa Hügel, a fin de protegerla de las incursiones aéreas, fueron retirados, y el salón de baile se convirtió en sala de planos. El general durmió en el lecho del kaiser, y el comedor se utilizó como estancia para la reunión de oficiales. El hogar de Krupp demostró ser un admirable sitio para suministrar todas aquellas pequeñas comodidades de que las tropas norteamericanas suelen verse rodeadas, gracias a su Gobierno agradecido. Se colocaron grandes bancos en la enorme cocina del castillo, y los soldados se pusieron a tomar el sol en el mirador o pescaron en el lago del parque (30).

El castillo era ideal, sobre todo para los oficiales jóvenes. Por vez primera desde 1913 se llenó la piscina subterránea y se usaron los vestuarios. Aparecieron mesas de billar en el Salón Chino de Gustav, y Marga Brandt, que casi medio siglo antes, cuando era una jovencita, había asumido el cargo de ama de llaves de Bertha y Bárbara, dio a los soldados lecciones de alemán (31). Al menos una vez a la semana Karl Dohrmann y sus criados quitaban los mapas del gran salón para que tuviera lugar un baile. Como las fräulein estaban, en general, excluidas de la mansión, abundaban mucho más los hombres, si bien había algunas WAC y mujeres civiles de otros países europeos, que bailaban espléndidamente. Una de esas bailarinas era Ernestine Roth. Ella y su hermana, liberadas después de un período de hospitalización, descubrieron al fin qué era Villa Hügel, y dónde se hallaba. La mansión las dejaba asombradas. A veces, al pasar por el comedor, Ernestine se detenía y tocaba la vajilla de oro, sin poder evitar el pensamiento de que Krupp había comido en ella mientras la gente se moría de hambre en la ciudad vecina.

Elizabeth bailaba pocas veces. Aún sentía molestias en las piernas. Con el tiempo cálido y seco andaba bien, pero el menor vestigio de humedad en el ambiente le producía grandes dolores. Así pues, durante lo más movido de un baile se hallaba sentada ante el escritorio de las recepcionistas, en el vestíbulo, cuando entró una mujer elegantemente vestida, de poco más de treinta años, que le preguntó en alemán si podía entrar en su habitación. Elizabeth mostróse lógicamente extrañada, pues sabía que en el castillo sólo vivían hombres. Tímidamente la visitante explicó que era Irmgard von Bohlen Raitz von Frenz, perteneciente a la familia de los Krupp. Esa era, o había sido su casa, y en uno de los armarios de un piso superior tenía guardado un abrigo de pieles. Con el frío que estaba haciendo, pensó que podría necesitarlo dentro de poco. Explicó que en aquella parte del país los inviernos eran muy fríos. Después de una breve pausa, Elizabeth repuso que sabía bien lo fríos que eran allí los inviernos. Luego llamó a un criado y le ordenó que trajera el abrigo de la señora (32).

Al amanecer del 11 de abril, el día en que Alfried cayó prisionero de los norteamericanos, el coronel Otto Skorzeny atravesó zigzagueando osadamente el puente Floridsdorfer, de Viena, bajo el intenso tiroteo de los francotiradores, para transmitir por radio a Hitler, desde el cercano cuartel general de la Gestapo, que la ciudad se había perdido. Austria se había convertido inesperadamente en uno de los teatros más importantes de la guerra. La NKVD estableció un Gobierno títere en la capital, y aunque los norteamericanos (a diferencia de Churchill) no se preocupaban demasiado por las ambiciones territoriales de Stalin, sin embargo estaban obsesionados por el mito del *Alpenfestung*, el Reducto Nacional al que el Führer se retiraría en última instancia. Nadie sabía exactamente dónde se hallaba esa fortaleza, pero se rodeó a propósito el Berghof, famoso retiro de Hitler en Berchtesgaden. Esta ciudad se hallaba a escasas millas de Salzburgo. Lo mismo que Blühnbach (33).

Los orígenes de la leyenda del *Alpenfestung* son oscuros. En 1944 se extendieron rumores de la existencia de un formidable sistema defensivo situado en los Alpes austríacos, y estos comentarios llegaron hasta Allen Dulles, quien envió a Washington un informe de Suiza. Alguien habló del asunto en una embajada neutral, durante una fiesta, se despachó un mensaje a Berlín, y Goebbels, muy satisfecho, decidió explotar la fábula. Para Navidades, todo los comandantes norteamericanos, incluido el general George Marshall, creían en el asunto. «Una vez que fuese tomado el Ruhr —escribió el jefe del Estado Mayor de Eisenhower, general Walter Bedell Smith, cuando concluyó la guerra—, estábamos convencidos de que no habría rendición mientras Hitler siguiera con vida. Nuestra impresión era que nos veríamos obligados a destruir los restos del ejército alemán, uno tras otro, con la posibilidad final de una larga campaña en la escarpada región alpina situada al oeste de Austria y al sur de Baviera, que se conocía con el nombre de Reducto Nacional.» (34).

Al quedar Model fuera de combate, el comandante supremo aliado concentró el grueso de sus fuerzas bajo el mando de Omar Bradley en la zona de Kassel. Avanzando hacia el este, en dirección al centro de Alemania, Bradley hizo girar su ala derecha hacia el sur, al Valle del Danubio, situado al oeste de Viena, y mandó a los rusos un mensaje radiado manifestando que tomaría el Reducto antes de entrar en contacto con ellos. Los altos oficiales alemanes estaban tan al corriente de que el *Alpenfestung* era sólo una fantasía del Führer, que un Ferdmaschall que posteriormente aseguró haberse trasladado hasta allí en avión para organizar la última resistencia, se convirtió en símbolo de cobardía para sus camaradas (35). Pero el que ese reducto existiera al menos en la mente de Eisenhower, bastaba a Bradley, y así fue cómo Blühnbach, situada entre Viena y Munich, quedó atrapada entre rusos y norteamericanos. Con el oído pegado a la radio, Berthold oyó a Fritzsche gritar una y otra vez: «*Männer tut Eure Pflicht! Ihre haftet mit Eurem Leben und Eurer Ehre!*» (¡Hombres, cumplir con vuestro deber! ¡Vuestra vida y vuestro honor dependen de ello!)

El hermano de Alfried se dijo que el llamamiento carecía de inspiración. Las obligaciones respecto al deber y al honor se hacían cada vez más confusas; en su caso, era evidente que su propia vida y la de sus padres dependía menos del valor que del sentido común. A diferencia de los que Fritzsche pretendía galvanizar bajo la esvástica por última vez, Berthold entendía el inglés. Había estado escuchando emisoras norteamericanas de onda corta, y aunque las cifras en clave le desconcertaban un poco, oía con frecuencia las palabras «*Abbe*», «*Easy*» y «*Fox*». Evi-

dentemente, se aproximaba algo importante. Esas eran buenas noticias para el atento radioescucha de Blühnbach. Si Alfried no se hallaba preocupado por el interés del enemigo en la dinastía, él sí lo estaba. Por desgracia, nada salía demasiado bien ese mes. Las emisiones en otros idiomas advertían que otro ataque arrollador avanzaba por la amplia cuenca del Danubio. Moscú había pasado por alto un informe según el cual «algunos de los más importantes ministros y personalidades del régimen nazi ya se encontraban en la zona del Reducto» (36). En cambio, los rusos se apoderaban de todo el territorio que podían.

Por lo tanto, mientras un tercio de los ejércitos angloamericanos avanzaban hacia Austria bajo el mando del teniente general Jacob L. Devers, una cuarta parte de las tropas soviéticas —dos grupos de ejército dirigidos por los mariscales Rodion Malinowsky y Fiodor Talbukhin— se dirigían rápidamente hacia Viena. Berthold no lo sabía, pero el idílico panorama que se extendía a su alrededor era la meta de varios millones de soldados. Comprensiblemente, se hallaba impaciente por mantener a su padre lejos de las manos del Ejército Rojo. Para el mundo, Gustav era aún el símbolo de Krupp, y los comunistas, más interesados en las imágenes que en la justicia, eran muy capaces de juzgarle en sus propios tribunales como representante del capitalismo. Su parálisis no le evitaría una parodia de proceso.

A las 10 de la mañana del 25 de abril dos oleadas de bombarderos pesados de Estados Unidos aparecieron sobre la cima de Hohe Göll e hicieron trizas el bienamado Berghof del Führer. Infantes del Sexto grupo de ejército de Devers, cruzando las montañas, habían ya rebasado Berchtesgaden por unas doce millas, cuando Jodl y Friedeburg decidieron deponer al fin la espada nazi. Gustav se hallaba a salvo. Sin embargo, los salvadores no tenían la menor idea de lo que habían apresado. Jamás habían oído hablar de Blühnbach, que no se hallaba en sus mapas. Una de las frases en el sumario informativo era correcta: «Esta zona es, por la misma naturaleza del terreno, prácticamente impenetrable». Berthold lo sabía, y por consiguiente se puso en contacto con los norteamericanos en cuanto supo que se hallaban en la vecindad. A fines de abril, cuando su hermano estaba detenido en la *kleine Haus* de Villa Hügel, se encaminó hacia el pueblo situado seis millas más lejos de su residencia y habló con un grupo de jóvenes oficiales norteamericanos que estaban allí. Más tarde recordó: «Les conté quiénes éramos y dónde estábamos. Se mostraron muy correctos. Vinieron a inspeccionar la casa e interrogaron a mi madre, si bien no hablaron con mi padre. Este se hallaba sentado en un mirador, observando el paisaje. Yo se lo mostré, y ellos lo comprobaron mirando por una ventana, pero no le molestaron» (7).

Algunos de los oficiales llamados por Berthold debieron preguntarse para qué les llevaba allí. Para ellos el anciano inválido debía de parecerles un viejo «aún olvidado por la muerte» *(noch immer vom Tode vergessen)*. Sin duda los norteamericanos ignoraban que estaban en presencia del nazi número trece entre los principales criminales de guerra destinados a ser juzgados seis meses después ante un tribunal militar internacional. Este tribunal no fue creado hasta el 8 de agosto. A pesar de todo, los oficiales norteamericanos sabían que habría procesos. La Comisión de Crímenes de Guerra de las Naciones Unidas había sido establecido ya el 7 de octubre de 1942; cada uno de los Gobiernos aliados tenía su propia lista, y «Gustav Krupp», según las palabras del cronista del tribunal militar, «era considerado por todas las potencias aliadas como uno de los criminales de guerra más importantes». Siendo así, uno imagina que a la primera inspección del castillo austríaco de Krupp seguirían otras. Berthold también esperaba eso, pero nadie se presentó. El senil Schlot-

barone fue ignorado. Pasó mayo, luego junio, y la antigua residencia de caza del archiduque cuya muerte había originado aquella vorágine de treinta años de guerras europeas, dormitaba bajo los rayos del sol veraniego (38).

Está muy de acuerdo con el drama y con la absurda coincidencia que caracterizaron cuatro siglos de historia europea de los Krupp, el hecho de que el primer alto oficial que llegase a Blühnbach fuera un pariente lejano, el cual, sin embargo, se presentó en el valle por otras razones. El coronel Charles W. Thayer, diplomado en West Point en 1933, era entonces miembro del Estado Mayor del general Mark Clark. Thayer estaba al corriente de los espléndidos venados que se cazaban en los Alpes austríacos, y en julio de ese año él y un antiguo compañero de West Point decidieron «liberar» un pabellón de caza y tomarse allí unas vacaciones. Veinte años más tarde el compañero de caza de Thayer sería un destacado general, pero en 1945 ninguno de los dos oficiales tenía el rango suficiente como para hacerse con un alojamiento de caza para su uso personal.

Por consiguiente, Thayer propuso identificarse él mismo como representante del general, el cual, explicaría, era muy aficionado a la caza. Pocos militares hubiesen osado dar el nombre de Mark Clark sin una justificación, pero es que Charles W. Thayer no era un hombre corriente. Diplomado en Saint Paul, miembro de una familia a la que la sociedad suele conceptuar como bien relacionada, y hombre de singular encanto personal. Su hermana Avis se había casado con otro antiguo alumno de Saint Paul, Charles E. «Chip» Bohlen, el destacado diplomático norteamericano que contaba entonces cuarenta años y había servido como primer secretario en la Embajada de Estados Unidos en Moscú. Este fue consejero del presidente Roosevelt en Teherán y Yalta, y desempeñó un papel preponderante en la conferencia de San Francisco, cuando se fundó la ONU el mes anterior. Aunque Chip Bohlen no había divulgado el hecho, su abuelo y el de Gustav habían sido hermanos (39).

Pero el coronel Thayer estaba al corriente de aquel parentesco, habló a sus ayudantes del asunto, y se dio cuenta del significado de Blühnbach en cuanto estuvo cerca del castillo. A semejanza del coronel Sagmoen en Essen, ascendió en un *jeep* por el camino de granito rosado, y como él fue recibido por un criado vestido de etiqueta. «Los coroneles americanos no tratan negocios con mayordomos», dijo ásperamente, y volvióse de espaldas, aguardando, hasta que oyó otros pasos. Era Berthold, que apareció muy pálido, temblando y tratando vanamente de sonreír. «Tenía un susto de muerte, y no le faltaba razón», manifestó Thayer posteriormente. El coronel decidió que aquél era ya un hombre con el que se podían tratar asuntos, pero antes de intentar un acercamiento, decidió mostrarse «tremendamente grosero». Y logró su propósito. Según sus palabras, «de haber tenido espuelas, habría rayado con ellas la mesa del comedor».

Una vez que Berthold se hubo presentado, invitó al coronel a ver el castillo, y Thayer pudo apreciar la magnitud del mismo. Había salones y más salones, grandes escaleras que se bifurcaban y conducían a numerosos corredores, patios, jardines y numerosas edificaciones auxiliares en los alrededores. Se trataba de una ciudad en miniatura. El y su amigo no podían quedarse allí. Aclarándose la garganta, Thayer preguntó a herr Von Bohlen si había oído hablar de Mark W. Clark, el general de cuatro estrellas que mandaba todas las fuerzas de ocupación de Estados Unidos en Austria. Berthold asintió, y Thayer dijo que lo que el general Clark deseaba era un pabellón de caza, y no un castillo. Rápidamente contestó Berthold que podía proporcionarle algo adecuado. La familia poseía muchos albergues en los montes vecinos. Pero, ¿acaso el coronel no había

ido a ver a sus familiares? Su padre, dijo Berthold, estaba inválido, y su madre le cuidaba en la habitación contigua. Tal vez...

Mientras encendía su pipa, el oficial norteamericano movió negativamente la cabeza. Para sus adentros se dijo que tenía lo que deseaba, y mientras volvían a atravesar las estancias con las paredes cubiertas de trofeos de caza, Berthold le aseguró que en el pabellón hallarían todo lo necesario: armas, municiones, ropa limpia, vajilla, y, claro está, servidumbre. Para entonces se había producido un sutil cambio en el trato entre ambos hombres. Berthold ya no se mostraba asustado, y había adivinado el verdadero propósito del visitante. Por lo tanto, sugirió suavemente un trato. Característico de la condición en que estaba su padre era que el anciano se sintiera extraordinariamente molesto ante el menor ruido, y últimamente se oían numerosos disparos en los bosques. Thayer asintió. «Ya lo he oído. Parece un combate en regla. Es el 101 aerotransportado, exterminando venados.» Posiblemente, sugirió el hermano de Alfried, el general norteamericano hallaría su estancia en Blühnbach más placentera si impedía el acceso a la propiedad a los soldados. Thayer gruñó afirmativamente y tomó nota mentalmente para hablar con Max Taylor (al día siguiente lo hizo, y el comandante de la división aceptó la sugerencia). «Berthold se mostró sumamente complaciente —dijo Thayer más adelante—, y resultó poco locuaz. Sabía perfectamente cómo podía manejarme. Lo sabía, y lo quería. Logró satisfacerme a mí, y él consiguió lo que quería, silencio y tranquilidad.»

Mientras permanecían en el camino, delante de la casa, y rodeados por los oficiales ayudantes del coronel, Berthold preguntó cortésmente:

—¿Conoce usted por casualidad a mi querido primo, Chip Bohlen, que desempeña un puesto en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Estados Unidos?

El coronel se quitó la pipa de los labios y contestó fríamente:

—Ningún funcionario norteamericano de Relaciones Exteriores puede ser primo suyo.

Al momento comprendió Thayer que había cometido un desliz. Todos los que estaban a su alrededor sabían que Chip era cuñado del coronel, y una repentina carcajada estalló entre los componentes del grupo. Thayer subió de un salto al *jeep*, ocupó su asiento y ordenó al chofer que emprendiera la marcha. El vehículo y el otro *jeep* que le seguía desaparecieron por el camino, mientras Berthold, desconcertado, se preguntaba cuándo los Aliados comenzarían a preocuparse de la dinastía.

A decir verdad, ya lo estaban haciendo, y muy a fondo. Más tarde se hizo popular en algunos círculos el atribuir todos los planes de «desindustrialización» del Ruhr a Henry Morgenthau Jr., el secretario norteamericano del Tesoro. Esto es totalmente falso. Los vencedores estaban unidos en su decisión de destruir la base económica del militarismo alemán. Al referirse a las armas de Krupp, Franklin Roosevelt había dicho poco antes de su muerte: «A la derrota de los ejércitos nazis deberá seguir la erradicación de esas armas de contienda económica», y el ministro de Justicia norteamericano Francis Biddle, propuso ante un comité del Congreso: «Destruyamos el poder de los monopolios comerciales alemanes». En fecha tan tardía como octubre de 1945, el Departamento de Estado consideraba seriamente la posibilidad de crear un Estado de Ruhr-Renania, con la expulsión forzosa de los habitantes germanos. Londres se opuso, pero París consideró que la idea era interesante (40).

Algunos se preguntaban si el Ruhr valía tantas preocupaciones, ya que

parecía que allí todo había acabado. Los propios Schlotbarone fueron aniquilados por la devastación de la zona. Al rendirse a Montgomery, Dönitz dijo: «Mi generación jamás volverá a ser una Alemania floreciente». Alan Moorehead, uno de los corresponsales de guerra aparentemente más astutos, consideró que todas aquella discusiones eran absurdas; en su opinión, el trabajo ya estaba hecho. Escribió que el Reich «está arruinado y exhausto más allá de lo posible, ahora y para la generación venidera, tal vez, y sólo tenemos que aplicarnos a nuestro programa de ocupación, para que Alemania se convierta en un pequeño Estado agrícola, carente de grandes industrias». Sin embargo, no todos compartían este punto de vista. «Aun desolado, el Ruhr trasunta el poderío teutón —escribió otro corresponsal—. No había más que ver el espectáculo desde aquella cima del templo de Vulcano que se llamaba el Haptverwaltungsgebäude de Krupp.» (41).

Las proposiciones más extravagantes murieron solas antes de llegar a las mesas de conferencias. El renacido SPD propuso la nacionalización de Krupp, pero ni siquiera logró el apoyo del nuevo Gobierno laborista de Inglaterra. Esta, agotada también por la contienda, necesitaba la ayuda de Washington y los negociantes norteamericanos no tolerarían un precedente tan peligroso. A pesar de todo, el plano que los Aliados se trazaron para Alemania, según expusieron en Potsdam aquel mes de agosto Truman, Stalin y Atlee, dejó atónitos a los derrotados magnates. Todas las fábricas que tuvieran algún posible uso militar debían ser desmanteladas. La maquinaria que no hubiese sufrido daños sería exportada como compensación de guerra, y el resto destruido. La producción de acero del país se limitaría considerablemente. (Siete meses más tarde de este proyecto se lograron siete millones de toneladas al año, el nueve por ciento de la producción norteamericana. El excedente de la capacidad productiva de acero les sería quitado para compensar a los países Aliados que necesitaban reconstruir su propia economía.) Por fin, los signatarios de Potsdam acordaron eliminar «el exceso de concentración de poderío económico representado por los monopolios, sindicatos, trusts y otras organizaciones con carácter de privilegio» (42).

El administrador de la zona de ocupación norteamericana en Alemania, era el general de división Lucius Clay. El territorio sobre el que gobernaba era vasto, pero improductivo. Según observó en sus memorias, «la zona británica, altamente industrializada, contenía la mayor parte de las empresas importantes». En ello estaba incluido el Ruhr. En junio de 1945, el XXII Cuerpo de Ejército norteamericano de Harmon se retiró hacia el sur, y los regimientos británicos entraron en Essen al compás de sus bandas, de sus gaitas y haciendo ondear triunfalmente las banderas al viento. Los comandantes de las tropas se instalaron en el Essener Hof —allí permanecerían cinco años—, mientras que Villa Hügel se convertía en la sede del Grupo de Control del Carbón de Estados Unidos y Gran Bretaña. Era ineludible que el castillo se convirtiese en un lugar de exhibición para los visitantes de alto rango. Montgomery tomó té en el despacho donde Alfried había jugado su última partida de skat; Margaret Bourke-White fotografió a numerosos generales en la imponente escalera, y el Ballet de Düsseldorf dio una función en el salón de baile para los congresistas norteamericanos y miembros del Parlamento inglés allí reunidos (43).

Los Kruppianer observaban cautamente el atuendo de combate y los característicos bigotes de los *Landser,* como se conocía a los soldados británicos. Evidentemente, los ingleses desfilaban mucho mejor que los norteamericanos, y sus marchas militares eran más marciales, lo que les ganó un respeto mayor. Pero los yanquis habían sido muy simpáticos, mientras que los *Landser* lo eran menos. Los alemanes sabían que éstos

iban a ser estrictos, y así ocurrió. Pero, para diversión de los artesanos de Krupp, los británicos carecían de la destreza técnica de los norteamericanos. La caja de caudales principal de Villa Hügel resistió a las voladuras y perforaciones de una compañía de ingenieros militares británicos durante toda una semana, y al abrirla, los enfurecidos Tommies comprobaron que se hallaba vacía (44). Las especialidades inglesas eran las ceremonias complicadas, el cubrir la mano de hierro con guante de terciopelo. En la primera semana despidieron de sus puestos a casi seiscientos altos empleados de Krupp que habían pertenecido al partido nazi. Como Hermann Hobrecker no se había afiliado al mismo, fue nombrado jefe de personal.

Entonces los funcionarios correspondientes se preguntaron cuál era la clase de producción que podía reanudarse en la firma. Llenos de asombro, descubrieron que la fabricación no se había detenido en ningún momento. Como un ente indestructible, la Gusstahlfabrik había soportado los atroces bombardeos, y aquí y allá volutas de humo se curvaban aún saliendo de las destrozadas naves. El mismo 11 de abril, mientras luchaba contra los cazadores de recuerdos y los equipos de interrogadores, y mantenía tratos en secreto con la junta de directores, Fritz Tubbesing consiguió reparar el número de líneas eléctricas suficientes como para que pudieran funcionar la panadería y algunas cooperativas de consumo. Los Kruppianer estaban también operando en un pequeño taller de elaboración de aceros para techados. Actuando bajo una estricta supervisión, y con permiso militar, otros talleres comenzaron a entrenar aprendices e iniciaron la construcción de un tren de montaje para locomotoras. Por todas partes los artesanos del Ruhr estaban haciendo lo que podían. En Bochum, Theodore H. White descubrió que el Bochmer Verein «agregó dos músicos a su plantilla e inició la fundición de enormes campanas plateadas de aleación de acero; campanas protestantes que poseían un determinado tono, campanas católicas con otro sonido diferente. En la superficie de las mismas iban inscritas las palabras «Dios es Amor».

Aquello resultaba un tanto inusitado, después de haber producido tanques Tigres y Panteras, piezas del 88 y *Schwere Gustav*, pero al fin era trabajo, y eso era lo que la gente buscaba desesperadamente. Según estadísticas de las autoridades de ocupación, el alemán promedio recibía 1 400 calorías diarias, todo un banquete para un *Sklaven*, pero sólo el 67 por ciento del nivel normal de subsistencia de un adulto. Y más allá de las fronteras del humillado Reich, las naciones que habían padecido durante años el despotismo de los conquistadores teutones también estaban pasando estrecheces. Teniendo esto en cuenta, el Departamento de Estado norteamericano estableció que el Ruhr debía entregar 25 millones de toneladas de carbón a Francia y a Bélgica, cruel e irresponsable orden, ya que aunque hubo épocas en que los fabulosos Kumpel podían cumplir una exigencia semejante, los pozos, en su mayoría inundados, habían reducido su producción total a tres millones de toneladas mensuales. El Rathaus de Essen hizo lo que pudo por sostener la economía local. Tras recuperarse del encarcelamiento a manos de la Gestapo, Eward Löser, nombrado *Finanzdirektor*, imaginó un notable proyecto. Los terrenos devastados por la contienda permitían ampliar considerablemente la estación del ferrocarril. Una de las nuevas bases de este progreso sería la desaparición del antiguo cementerio de Kettwig —no había otra dirección en la cual la estación pudiera extenderse—, y así fue cómo los ataúdes de Friedrich Krupp, Alfried Krupp, Fritz Krupp y Claus von Bohlen iniciaron su éxodo el 10 de noviembre (45).

Las autoridades de ocupación deseaban echar de sus puestos a los directores de Alfried. Era hora de poner en práctica las decisiones ratifi-

cadas en Potsdam. El 16 de noviembre el Gobierno militar británico anunció la incautación de la firma Fried. Krupp, junto con todos sus bienes y empresas subsidiarias, y nombró al coronel Douglas Fowles como interventor. Al hacerse cargo de su puesto, una tarde lluviosa de otoño, Fowles recibió a un grupo de directores que habían sido absueltos por los tribunales de desnacificación. Encabezados por Hobrecker y Paul Hansen, entraron indecisos en la restaurada oficina principal del Hauptverwaltungsgebäude, donde la Unión Jack había remplazado al retrato de Hitler, y se preguntaron si debían tomar asiento. Inmediatamente el coronel británico les hizo una seña para que se situaran en una fila de sillas. Sus modales eran amistosos, pero algo fríos. Les recordó que era un militar de carrera, que no llevaba a cabo una política determinada, sino que ejecutaba órdenes. En consecuencia, las discusiones con él estaban de más. Aun cuando ellos le convencieran de que las instrucciones de sus superiores eran inadecuadas, él nada podría hacer. Actuaba según lo que le mandaban, y ellos obrarían según lo que les ordenasen. Dicho esto, les dio las correspondientes instrucciones, y lo hizo en alemán, según dijo, para que no hubiera malentendidos. Señalando hacia el arrasado paisaje de talleres bombardeados, declaró: «Ahí afuera, señores, no volverá a humear chimenea alguna. Donde se alzó la factoría de acero colado, habrá arbustos, prados y parques. El Gobierno militar británico ha decidido acabar con Krupp para siempre. Eso es todo, señores» *(mit Krupp für alle Zeit Schluss zu machen. Das ist alles, meine Herren)* (46).

Pero ahí no acabó todo. Cuando los Kruppianer se enteraron de que iban a enviar la maquinaria intacta al extranjero, y a echar abajo lo que quedaba, hubo un conato de subversión. A pesar de las amenazas de que se retirarían las raciones, algunos trabajadores abandonaron sus puestos momentáneamente. De nuevo el «subdirectorio» fue convocado, esta vez en Düsseldorf. En la oficina de Fowles, en Krupp, los alemanes ya se habían mostrado sorprendidos, pero ahora sus relaciones con los *Landser* eran mucho más complejas. Aparte de la abortada huelga (fue más que nada un gesto, ya que los huelguistas no podían conseguir nada), otras fuerzas intervinieron.

El arzobispo Frings se trasladó desde Colonia para rogar a los británicos que tuvieran consideración, y si bien los directivos alemanes que Fowles había nombrado detentaban un poder ostensible, como leales servidores de la dinastía estaban recibiendo instrucciones secretas de Berthold, el único miembro de la familia capaz de actuar. En realidad, toda la cadena de mando del coronel carecía de sentido alguno. Había nombrado a Hansen para el cargo de «custodio», pero de los cuatro directivos llamados a Düsseldorf (Hansen, Hobrecker, Fritz Hardach y Johannes Schröder), el verdadero dirigente era Schröder. Para los vencedores resultaba sospechoso, era un hombre que había servido al Reich demasiado bien. Sus colegas aceptaron su supremacía, sin embargo, y para rematar todo esto, tenía la aquiescencia de Bertha Krupp, por intermedio de Berthold.

Los directivos, una vez en Düsseldorf, fueron introducidos en el despacho de cierto general de brigada llamado Noel. «Nadie dijo *Guten Tag*», recordó más tarde uno de los cuatro alemanes. El ambiente era gélido. «*Das Schwert des Siegers lag auf dem Tisch*» («La espada del conquistador está sobre la mesa»), manifestó posteriormente asimismo otro de los directores. Allí estaba la espada, en efecto, invisible en una de las dos mesas, en torno a la cual los oficiales británicos tomaron asiento en silencio. Alrededor de la segunda mesa no había sillas. Un sargento hizo a los directores una seña para que se acercaran a ella, y éstos permanecieron en pie, con gesto turbado, mientras el general les

decía que no habrían más huelgas, más intervenciones de la Iglesia, ni desobediencias, ni sabotajes. Si sus obreros no desmantelaban las fábricas, ellos mismos, los ingleses, lo harían ladrillo a ladrillo, bajo guardia armada. Hubo una pausa, y luego un breve y áspero diálogo entre Noel y Schröder. El alemán preguntó:

—*Wie sollen wir unsere Schulden bezahlen und die Forderungen eintreben, Sir?* (¿Cómo vamos a reunir el dinero para pagar nuestras deudas, señor?)

Repuso el brigadier:

—*Mit welchen Recht stellen Sie mir Fragen?* (¿Con qué derecho me hace usted preguntas?)

—*Mit dem Recht eines zum Tode Verurteilten, der Anspruch auf ein letztes Wort hat* (Con el derecho del hombre que ha sido sentenciado a muerte, y al que le está permitido decir las últimas palabras.)

Noel concluyó de forma tajante:

—*Kriegsverbrecher treiben weder ihre Schulden ein, noch bezahlen sie an andere Kriegsverbrecher* (Los criminales de guerra no reúnen dinero para pagar deudas, ni las pagan a otros criminales de guerra.) (47).

Luego se puso en pie. La entrevista había concluido. Los funcionarios de Essen fueron conducidos al exterior. Si bien ninguno de ellos sabía con exactitud lo que era un criminal de guerra, un general de la potencia de ocupación parecía estar seguro de que ellos eran culpables. ¿O acaso lo era la firma? ¿Podía ser *Kriegsverbrecher* una empresa industrial? El asunto nunca se aclaró plenamente, debido al éxito de la hoguera donde ardieron los documentos. Pero había algo evidente para los directores alemanes: *die Firma,* como empresa, ya había sido juzgada, condenada y sentenciada a muerte en los recintos privados de las potencias aliadas, y los que se mantuvieran fieles a la firma serían igualmente ejecutados.

La tarea era considerable. De haberse limitado la empresa a las posesiones de Krupp en fecha primero de setiembre de 1939, la cantidad de papeleo habría sido ya enorme; pero los libros que quedaron sin esconder comprendían todas las fábricas que ocupó Krupp en el territorio conquistado por la Wehrmacht. La maquinaria, alguna de muy elevado precio, fue enviada de fábrica en fábrica, y una laminadora belga podía llegar ahora a Praga, aunque a veces el Ejército Rojo se oponía a su instalación. Para completar el cuadro, se presentaron en Essen delegaciones bilingües desde Moscú, Varsovia, Roma, Atenas, Oslo, Copenhague, Belgrado, París, Londres y Washington. A cada una de ellas se les suministraron despachos en el Hauptverwaltungsgebäude, y Paul Hansen fue de piso en piso proporcionando los necesarios documentos, siempre que no hubieran sido confiscados por los acusadores de Nuremberg (48).

Algunos de los problemas importantes se resolvieron con rapidez. El Eerndorferwerk fue restituido a sus accionistas austríacos o sus herederos, los cuales fusionaron la sociedad con el Ransdorfer Metallwerke, poniendo fin así a aquella filial de Krupp que contaba cien años de edad. Un grupo de delegados se hizo cargo de Meppen, el famoso polígono de pruebas de la dinastía; doce años más tarde, en julio de 1957, entregarían formalmente el polígono a los oficiales de artillería del nuevo ejército de Alemania Occidental. Como el Grusonwerk se hallaba en Magdeberg, en la zona rusa, poco podía hacer Essen en tal sentido. La URSS se limitó a reclamar la factoría como compensación de guerra. Era un buen bocado, ya que en sus cajas fuertes se hallaban las fórmulas secretas de Krupp para la fabricación del acero de tungsteno, metal con el que 12.000 Krupianer de Alemania Oriental, ahora empleados del Sowjestiche Maschinenbau AG construyeron los primeros aviones MIG. *Die*

Firma se había resignado a la pérdida del Grusonwerk. Al fin y al cabo, de los rusos sólo podía esperarse que procedieran como rusos. Pero el comportamiento británico en Kiel fue parecido. Dirigidos por técnicos de Clyde, el personal de los astilleros de Kiel se vio obligado a destruir las plantas de montaje de submarinos, y luego a arrasar todo el Germaniawerft, acto innoble, aseguraron los alemanes, destinado sólo a anular la posible competencia marítima alemana después de la guerra (49).

Todas estas protestas fueron desechadas como muestras de arrogancia prusiana, o bien ignoradas por completo. Los enemigos del Reich tenían a Krupp por el cuello, y a su modo, indiferente y burocrático, eran casi tan implacables como Alfried lo había sido cuando Hitler dominaba la mayor parte de Europa. Los obreros de Essen se mostraban acongojados mientras unos ingenieros de las Midlands recorrían tranquilamente los talleres, marcando con tizas de colores los tornos, crisoles, laminadoras y otras maquinarias para mandarlas al extranjero. Una vez que las grúas hubieron desmontado los aparatos, comenzaron a dinamitar los edificios. Todos los días, a las seis de la mañana en punto, las cargas demoledoras comenzaban su labor, haciendo estremecer a todo Essen.

Más de siete mil trabajadores de Krupp estaban manteniendo a sus familias con la destrucción de los lugares que les servían para ganarse la vida, y esos destrozos seguirían durante casi cinco años. Cierto día, a comienzos de 1958, un fotógrafo del semanario *Business Week* sacó fotografías de una gigantesca caldera que conducían a Ucrania, de enormes lingotes destinados a Inglaterra, de cañones navales franceses capturados por los alemanes y que volvían a su país, y de monstruosas maquinarias, útiles tan sólo para fabricantes de cañones, que se hacían saltar en pedazos. Los altos hornos fueron mandados a Grecia; la poderosa prensa de 15.000 toneladas de la Gusstahlfabrik se envió a los yugoslavos, que no sabiendo qué hacer con ella la abandonaron en unos almacenes del Adriático, donde más tarde fue hallada cubierta de herrumbre. Hasta los ladrillos fueron colocados en vagones con el letrero «Reparaciones para Holanda», todo lo cual hicieron los Kruppianer con gesto hosco y amargado (50).

Ladrillos para los holandeses, una prensa inservible para Tito, viejos cañones para Brest, todo eso eran asuntos de escasa importancia. Pero proporcionar a la URSS industria pesada era algo muy diferente, y había muchos hombres intuitivos a quienes preocupaba el hecho. Por fortuna, los soviéticos, como solía ocurrir durante la última década de la vida de Stalin, demostraron ser los peores enemigos. Una porción del territorio del Ruhr habría sido de un valor inapreciable para Moscú. En lugar de ello, y negándose a considerar la zona rusa como parte de una Alemania unida, los rojos dejaron abierto el camino a las represalias, y el 3 de mayo de 1946 el general Clay les privó de su oportunidad. Con excepción de lo ya enviado, anunció Clay, las entregas de toda clase de material, como reparación de guerra a la Unión Soviética, quedaban suspendidas.

Por desgracia para Krupp, Clay no poseía autoridad sobre los británicos, quienes ya habían accedido a enviar a la URSS los bienes más estimados de cuantos quedaban en el Ruhrgebiert: las instalaciones de fundición de Borbeck, y los trenes laminadores de acero. Fundada en mayo de 1929, Borbeck era la factoría de acero más moderna del Reich, la que producía más acero en la zona de Essen, y además, se hallaba virtualmente incólume. La fábrica había costado a Krupp 28 millones de dólares. Podía desmontarse y enviarse al Este por sólo seis millones. Moscú mostró grandes deseos de entrar en posesión de esas instalaciones, y Londres accedió a enviárselas. En febrero de 1946, casi un año antes de que los Aliados publicasen su primer plan oficial de desman-

telamiento, las paredes comenzaron a caer bajo la piqueta. Dos años más tarde la tarea estaba terminada, y el nuevo montaje de la factoría se había efectuado muy en el interior del territorio ruso. Junto con las máquinas salieron enormes cantidades de valiosos planos de Krupp (51).

En la actualidad no existe lista alguna sobre las fábricas alemanas que fueron desmanteladas, pero algunas cifras sugieren la magnitud de las pérdidas del Konzern. Entre la llegada de los regimientos ingleses a Altendorferstrasse y el estallido de la guerra de Corea, cinco años más tarde, la política Aliada costó a la Firma más bienes materiales que los perdidos durante toda la Segunda Guerra Mundial a causa de los bombardeos aéreos. Sólo a Rusia se fueron más de 130.000 toneladas de maquinaria; 150.000 toneladas de metal en bruto salió hacia el Reino Unido. Nueve de cada diez edificios de los que Alfried heredó en 1943 desaparecieron. Nada quedó de la primera fábrica de acero fundido, más que unos escombros y hierros retorcidos; todo lo demás fue separado, pieza por pieza, con los sopletes y cargados en vagones de ferrocarril (52).

A finales de marzo de 1945, Hitler ordenó a Albert Speer que eliminase

> «...todas las instalaciones industriales, todas las centrales eléctricas importantes, los embalses, las fábricas de gas, los almacenes de alimentos y de vestimenta [*die Zerstörung aller Industrieanlagen, aller wichtigen Elektrizitäts —, Wasser — und Gaswerke und so weiter, aber auch der Lebensmittel — und Bekleidungslager*]... todos los puentes... los ferrocarriles y las instalaciones de comunicación... todos los canales, los barcos, los vagones de carga y todas las locomotoras.» (53).

«*Verbrannte Erde*», ya lo había designado así el Führer en Rusia: política de «tierra arrasada». Al desobedecer a Hitler, Speer consideró que hacía posible la recuperación nacional. Sin embargo, para los directivos de Alfried no había demasiada diferencia entre la política de tierra arrasada de Hitler y la política de desmantelamiento de los vencedores. La primera era un suicidio industrial, y ésta era un crimen del mismo carácter. A decir verdad, cien mil Kruppianer seguían con su capacidad de rendimiento intacta; los ingleses, careciendo de SS, no recurrían a «soluciones extremas». El rico carbón de *die Firma* seguía bajo tierra, y Rheinhausen aún parecía amenazar desde la orilla occidental del Rhin, pero bajo la ley 27 de la Alta Comisión Aliada, Alfried nunca volvería a controlar nada de lo que había allí.

La ley 27 estaba destinada a los once Schlotbarone más poderosos del Ruhr, principalmente a Krupp, el cual era propietario del 55 por ciento del carbón y productor del 90 por ciento del acero alemán. A fin de «descentralizar la economía alemana», de eliminar «una excesiva concentración de poderío económico», y de evitar «el desarrollo de una guerra potencial», según establecía la ley, la comisión no permitiría «la restitución de propiedad y control a aquellas personas de las que se haya comprobado, o pueda comprobarse, que han respaldado los designios agresivos del partido nacionalsocialista» (54).

Según manifestó el general Clay con posterioridad, «Preparamos de antemano una ley destinada a acabar con los monopolios y la concentración excesiva de poderes, y la sometimos a la aprobación del Consejo Aliado de Control». Aunque el general Clay pertenecía al partido republicano de Estados Unidos, y era de ideología conservadora, actuó con el tradicional celo de Norteamérica en cuanto se refiere a la desintegración de los monopolios, entusiasmo que los hombres de negocios alemanes nunca han llegado a comprender.

Aun encontrándose sumidos en las simas de la derrota, ese tipo de política parecía a los germanos carente de realismo y poco práctica. Los Schlotbarone, por su parte, consideraban dudoso que fuera posible desintegrar una empresa tan firmemente establecida como lo era Fried. Krupp. Por más que ningún extranjero ha compartido nunca la propensión emotiva que sienten los teutones por los grandes complejos monopolísticos, ha sido un financiero de Wall Street quien describió con más precisión el caso alemán, a este respecto. «No es posible separar los huevos revueltos», fue la metáfora que empleó J. P. Morgan.

Los norteamericanos que se hallaban en Alemania al terminar la Segunda Guerra Mundial no creían que las minas y las fábricas fueran huevos revueltos. A su entender, si Krupp resultaba condenado en Nuremberg, no imaginaban que algo impidiera separar los huevos de aquella colosal tortilla que era *die Firma.* Lo que pasaron por alto fue que el vencido Reich se había convertido en un manicomio enorme, y que la histórica dinastía de Essen era el reflejo más exacto del caos que reinaba en la nación.